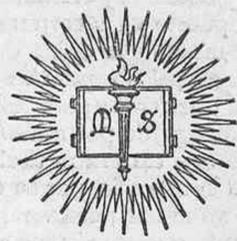


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXIX

BARCELONA 7 DE NOVIEMBRE DE 1910

NÚM. 1.506

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES DE VENECIA. 1910



SOLICITUD MATERNAL, cuadro de Alejandro Miesi

SUMARIO

Texto.—De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El calvario de una reina*, por Alberto Flament. — *Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia*, 1910. — *Madrid*. Misa de campaña. — *Verona*. Monumento á Shakespeare. — *De aviación*. Magnífico vuelo de Tabuteau. — *Plafón decorativo*. — *El duque de Veragua*. — *Mataró*. Homenaje á la memoria de D. Miguel Biada. — *Monumento dedicado á D. Antonio Torrent*. — *La madre patria* (novela ilustrada; continuación). — *Monumento dedicado al Dr. D. Bartolomé Robert*. — *Terrible ceción en la bahía de Nápoles*. — *Muerte del rey de Siam Chulalongkorn I*.

Grabados.—*Solitud maternal*, cuadro de Alejandro Milesi. — Dibujo, ilustración del artículo *El calvario de una reina*. — *Después del baile*, *El niño y el toro*, cuadro de Alfredo F. Roll. — *En la columna de Todaro*, cuadro de Itálico Brass. — *Madrid*. Misa de campaña en sufragio de los héroes muertos en Meilla. — *S. M. el rey oyendo dicha misa*. — *Monumento á Shakespeare*, en *Verona*. — *El aviador Tabuteau*. — *Amores ídolos*. *Lancelote y Ginebra caminando ciega hacia lo desconocido*, dibujo de C. G. Wilmhurst. — *Retrato del poeta J. Marradi*, busto en yeso de Humberto Fioravanti. — *Paisaje de los Abruzzos*, cuadro de Francisco P. Michetti. — *El canto á la Virgen*, tríptico de Joza Uprka. — *El músico ambulante*, cuadro de José Israels. — *Las Ciencias Musicales á la Inspiración*. — *Retrato del duque de Veragua*. — *Mataró*. Colocación de una lápida en la casa donde vivió D. Miguel Biada. — *Barcelona*. Monumento al doctor Robert (tres fotografías). — *Ruinas del barrio Turriello de la población de Celara*. — *Muerte del rey de Siam*. *Retratos de arte, de varios de sus hijos y de su heredero*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Las tormentas políticas de 1848, que alcanzaron á toda Europa, por una feliz inconsecuencia del espíritu popular, tan agitado y revuelto aquí desde el 35, dejaron indemne á Cataluña y le permitieron dedicarse al fecundo trabajo de su restauración económica y espiritual, cien veces interrumpida por los desórdenes revolucionarios.

Una de las manifestaciones más insignes de este movimiento fué, sin duda, la inauguración del ferrocarril de Barcelona á Mataró, primero de los de España en el orden cronológico y que vino á simbolizar la entrada de nuestro país en la era de la gran reforma industrial de los pueblos modernos. Esta fecha, que no había sido celebrada hasta ahora, acaba de obtener su conmemoración en aquella laboriosa ciudad, bien que no haya coincidido ni con el cincuentenario, ni con el siglo completo, ni con ninguna de las divisiones ó fechas que la costumbre tiene consagradas para semejante objeto.

Una lápida junto á la vieja estación, y otra lápida en la casa donde falleció el ilustre mataronés Biada, recordarán en adelante, á las generaciones que vengan, el glorioso acontecimiento y el nombre del patricio que lo promovió y llevó á cabo con perseverancia indomable.

Cuéntase que estando Biada en la isla de Cuba, dedicado á las tareas propias de su carácter emprendedor, oyó cierto día al general Tacón, moralizador famoso de nuestra antigua colonia, no sé qué opiniones relacionadas con el nuevo sistema de locomoción planteado por las líneas férreas. El general lo consideraba aplicable únicamente á los países de gran extensión geográfica y muy adelantados en la industria, desconfiando de verlo aplicado á nuestro país y hasta creyendo que no respondería en él á ninguna necesidad efectiva.

Mientras Tacón discurría y hablaba de este modo, Biada resolvía *in mente* unir por ferrocarril á Barcelona con Mataró y anunciaba á sus amigos el propósito de conseguirlo en el plazo de dos años. El atrevido iniciador cumplió su palabra y, á últimos de 1848, la locomotora cruzó por primera vez un territorio español, despertando con su potente silbido á los ánimos distraídos ó incrédulos, á las comarcas rutinarias y soñolientas, y llamándolas á la obra de la civilización de nuestros días.

Existe un período de la historia contemporánea de Cataluña que está á medio explorar y que no nos ha concedido todavía su secreto. Me refiero á estos orígenes de su pujanza material y á esta legión de organizadores del trabajo moderno, luchando con un ambiente político hostil, con la turbación de los tiempos, con las trabas fiscales, con la rutina, con el contrabando extranjero, con la prevención secular anti-proteccionista.

Su obra fué obra de voluntad firme y de confianza en sí mismos. No alcanza las proporciones asombrosas que en otros países; no admite comparación objetiva con el gigantesco y colosal desarrollo de los Estados Unidos; se reduce á una pequeña mancha de actividad casi aislada, casi anegada en la indiferencia peninsular; pero, subjetivamente, y por el esfuerzo y energía que requirió, por las dificultades con que luchara, es una de las transformaciones más interesantes y meritorias de los tiempos modernos.

En España, absorbida toda la atención por la vida

política y alcanzando sólo una pequeña parte de aquélla al arte y la literatura, quedan fuera del plano visual otros aspectos que las naciones de estructura distinta, estudian y consideran en primer término. Así la vida económica, la historia industrial, la historia de la actividad privada, tan fecunda en ejemplos estimulantes y tan recomendable en un país corroido por la empleomanía y orientado exclusivamente hacia el presupuesto y las carreras oficiales.

Siempre he pensado que debía darse como texto de lectura en las escuelas españolas un libro de biografías, no ya de guerreros y grandes hombres según el tipo clásico consagrado por nuestras preferencias, sino de hombres «sin carrera ni título» que llegaron á ser algo por su constancia, por su desprecio de los peligros, por su voluntad perseverante, por haberse formado un mundo y una existencia y una posición á su imagen y semejanza, en vez de entregarse á la corriente general y al miedo de vivir. Cuando uno analiza la atmósfera que suele rodear á nuestros niños, envueltos desde que nacen en el más desenfrenado sentimentalismo, criados en el mimo y en la cobardía de alma, sin resorte para la lucha, mecidos por la timidez y la abulia, acaba por pensar que no debiera autorizarse durante tres generaciones otra lectura que el *Robinson*, ó los viajes de Cook, ó las relaciones de Livingstone, ó los diarios de los más famosos cazadores de fieras; cuanto oliera, en fin, á vida intrépida y esforzada, á heroísmo y lucha con la naturaleza, lejos de nuestras enfermizas sociedades latinas, plantel de funcionarios que cuentan, desde el Instituto, los derechos que les proporcionará la jubilación.

Sí; es necesario que alguien escriba este nuevo Plutarco de la juventud, esas *Vidas intrépidas* á que me refiero, forjadas por la realidad mucho más que por los libros y las aulas: vidas de fundadores, de menestrales que ascendieron en la escala social creando y construyendo; de autodidactos ó maestros de sí mismos; de factores y dependientes que llegaron á la gran especulación, de aventureros y luchadores que se lanzaron á una vocación sin preocuparse de la adversidad ni de las privaciones, que viajaron, y corrieron mundo, y sufrieron hambre y peligros...

Y ese carácter distinguió, precisamente, á la generación catalana del primer tercio del siglo pasado, presidida y precedida, en cierto modo, por el gran ejemplo de Badía y Lieblich (*Ali-Bey*) temerario explorador de Marruecos. Formada en época de inseguridad continua; dejando á menudo los bancos de la Universidad por los cuerpos de guardia, desorganizado el país en todos sentidos, sin haberse especializado muchas profesiones científicas y docentes, aquellos jóvenes vacilaron ante el porvenir y siguieron á veces las direcciones más contradictorias entre sí.

Casi al mismo tiempo habían seguido las enseñanzas artísticas creadas por la Junta de Comercio, la de Ciencias naturales que se daban en la Academia de Ciencias y Artes, los cursos de Filosofía del Seminario. Sus aficiones se resienten de ese enciclopedismo incomprensible ahora, después de haberse consumado en la sociedad actual el principio de la división del trabajo; eran incongruentes, distantes una de otra, sin enlace. En Bergnes de las Casas, en López Soler, en el mismo Aribau puede observarse la misma disipación. Habían estudiado Física con Vieta, Química con Carbonell, Economía con el P. Jaumandreu; y les vemos después dedicarse á la literatura y escribir tratados de taquigrafía y componer versos; ó, como á Pers y Ramona, simultanear el ejercicio de la sastrería con la historia de las letras catalanas ó con las aficiones frenológicas heredadas de Cubí, que es otro de esos ejemplos de vidas errantes, como lo fué en grado sumo la de D. Sinibaldo de Mas.

Háblase de nuevo, ahora, de la eterna cuestión de la unidad ibérica, puesta sobre el tapete por la reciente cuestión de Portugal. Y, sin embargo, nadie, que yo sepa, ha recordado con dicho motivo el nombre del verdadero promotor de esa utopía, á mediados de la centuria pasada, que es el mismo D. Sinibaldo de Mas y que tan de lleno cae en el grupo de que voy hablando.

Había nacido en 1809. Se había dedicado al estudio de idiomas, de la física y de la pintura. No hace mucho que pudimos ver, en la última Exposición de retratos, el del poeta Cabanyes, debido á su pincel. Hizo versos y escribió una tragedia, *Aristodano*, y con este bagaje dirigióse á Madrid, allá por 1833. Tenía compuesto también un trabajo sobre *El sistema musical de la lengua castellana*, que corresponde desde el punto de vista de la preceptiva y de la teoría prosódica al ensayo de restauración clásica

de Cabanyes, íntimo amigo de Sinibaldo de Mas, quien dió á conocer en Madrid á Quintana y Hermsilla los *Preludios* del poeta vilanovense.

Casualmente había caído en manos de Mas una relación de los viajes legendarios de Ali-Bey, y ella despertó en su ánimo la vocación de las cosas extraordinarias. Protegido y recomendado por el obispo Torres Amat, apoyado por Zea Bermúdez y Martínez de la Rosa, se le confirió en 1834 una comisión para viajar por Oriente, de carácter á la vez diplomático y científico, ó sea de exploración comercial y de estudios orientalistas á los cuales daban entonces impulso las naciones más cultas de Europa.

A mediados de 1834, empezó su viaje embarcándose en Marsella para Constantinopla, donde permaneció algún tiempo. En 1836, pasó desde Beirut á Lataqui, visitando Alepo, Hani y las ruinas de Palmira, visitadas y descritas por su predecesor Volney. Estudió y observó las tribus árabes esparcidas en el desierto de Bagdad, se detuvo en Damasco, fué á Tiro y Sidón, visitó los Santos Lugares y residió una larga temporada en Egipto, siendo muy bien recibido por el virrey, gracias á la protección de su médico y confidente Coetani-Bey, facultativo de Valencia que había ido á establecerse en la vieja tierra de los faraones.

Cruzando Mas la Arabia Petrea durante el ardor de la canícula y en una extensión de 70 leguas, contrajo unas terribles calenturas que pusieron su vida en gran peligro, por dos veces, debiendo su salvación en la recaída á la fidelidad de un joven esclavo que había adquirido allí.

La inestabilidad de nuestros gobiernos hacía imposible toda obra perseverante y á lo mejor los que, por nombramiento de un ministerio, como Sinibaldo de Mas, se lanzaban á alguna empresa, hallábanse al poco tiempo faltos de recursos por haberle suprimido la pensión el gobierno siguiente, sin cuidar siquiera de repatriarles. De esta manera se halló en Calcuta, en 1838, teniendo que mantenerse con el ejercicio de la fotografía ó daguerrotipo durante una porción de meses. Entonces ya podía hablar *el árabe y el persa con más facilidad que mi lengua materna*, *El intérprete del viajero*, compuesto de diálogos familiares en doce idiomas distintos.

Dirigióse á Malaca y después á Manila donde, falto de recursos, tuvo que acogerse al Hospital de San Juan de Dios, cuidadosamente atendido por los religiosos que lo tenían á su cargo. Más adelante recorrió todo el archipiélago filipino reuniendo abundantes y provechosas observaciones de carácter geográfico, histórico y político, que sirvieron de base al famoso «Informe sobre las Islas Filipinas» que dirigió en 1842 al gobierno español. Y digo famoso, porque Mas era partidario del abandono de dicha colonia y movió no poca polvareda esa opinión, no obstante haberla mantenido tan sólo en el terreno confidencial.

En fin, volvió á la península, estuvo en ella algunos meses y en 1843, volvió á salir para China, en calidad de agente oficioso de España, residiendo en Macao. Allí publicó su *Ideografía* ó nuevo sistema de escritura ideográfica y por sonidos, aplicable, según su autor, á todos los idiomas. Volvió á España enfermo; regresó de nuevo á Asia, restablecido. Internóse hasta donde podía llegar la planta de un europeo; trabajó, escribió, mandó informe sobre informe para orientar una política extranjera de que España nunca tuvo el sentido. En un nuevo viaje á España en 1851, se encontró con la supresión del puesto que desempeñaba y, por lo tanto con la cesantía.

Entonces fué cuando imprimió en Lisboa su memoria sobre *La Iberia* precedida de un prólogo de Latino Coelho, publicista portugués, de la cual se hicieron hasta cuatro ediciones. El pensamiento de ellas sedujo á no pocos políticos y jóvenes entusiastas, entre los cuales hay que contar á Letamendi y don Víctor Balaguer, que defendió dicha aspiración en periódicos fuerista-liberales como *La Corona de Aragón*.

D. Sinibaldo de Mas murió en 1868, casi completamente olvidado. Creo que sólo le dedicó un recuerdo el Sr. Cornet y Mas en el *Diario de Barcelona*. Hoy es de actualidad su memoria, no sólo por esa primacía que le corresponde entre los *iberistas* declarados, sino también por el ejemplo de una existencia libre, accidentada y fecunda, guiada por la vocación y la fortaleza de alma y cuerpo, fuera de las carreras prefijadas de antemano, propia de aquellos hombres que se bastaban á sí mismos y que tanto contribuyeron á hacer y levantar la Cataluña de nuestros días.

MIGUEL S. OLIVER.

EL CALVARIO DE UNA REINA



El asesinato de su esposo y de su hijo primogénito y la huida hacia el destierro en una barca de pescadores, al estallar la revolución, tales son las dos últimas etapas del calvario de la reina Amelia, que el artista ha simbolizado en esta composición conmovedora.

La orilla izquierda del Sena, entre el Palacio Borbón, los Inválidos y la iglesia de San Francisco Javier, presentaba, el 22 de mayo de 1886, una animación excesiva é insólita.

Magníficos carruajes, cuyos empolvados lacayos vestían libreas de gala, atraían á las ventanas de las calles de Varennes, Barbet-de-Jouy, Santo Domingo, Universidad y Bellechasse, multitud de curiosos. Los diarios de la mañana habían enterado al pueblo parisiense de la fiesta anteriormente dada por sus Altezas reales los condes de París con motivo de la boda de su hija mayor, la princesa Amelia de Orleans, con el duque de Braganza, príncipe heredero de Portugal, que en aquella mañana del 22 de mayo se celebraba.

¿Quién era aquella futura soberana en cuyo honor se habían encendido tantos lustros, prodigado tantas flores y resucitado tantos fastos? Alta y delgada, largo el cuello, coronada la frente de cabellos castaños, aquella hija de Francia tenía ciertamente aquel aire de nobleza y de bondadosa serenidad que la imaginación popular de las épocas de fe de la Edad media atribuía á las reinas á quienes veneraba. Grandes ojos dulcísimos, una sonrisa que nunca pasaba de sonrisa, pero detrás de la cual se adivinaba un carácter expansivo y firme, la mayor sencillez en el porte y en el trato, tal era aquella princesa que no contaba veinte años y que parecía la azucena en torno de la cual iban á reflorcer las de Francia.

Ya reina de Portugal, y mientras su esposo se dedicaba, quizás con más complacencia de la que convenía, á los placeres de la acuarela, iba á cuidar heridos á los hospitales. Dos hijos habían nacido desde los primeros años del matrimonio; la reina quiso darles una educación parecida á la que ella recibiera y á la que antes que ella habían recibido sus tíos el duque de Orleans, el príncipe de Joinville y los duques de Nemours, de Montpensier y de Aumale. El estudio y los deportes tuvieron una parte igual en aquella educación; la reina, que en la playa de Cintra y á poco de su llegada á Portugal había tenido la alegría de arrancar á la muerte á un pescador que se ahogaba, sabía la utilidad que pueden tener los ejercicios físicos, los servicios que pueden prestar; pero no quería, como con demasiada frecuencia sucede actualmente, que el desarrollo de los músculos se realizase en sus hijos con detrimento de la cultura intelectual.

Mas las cualidades de los príncipes no son garantías suficientes de felicidad á los ojos del pueblo...

La vida de los soberanos seguía siendo, en apariencia, la misma. El rey Carlos venía á Francia, iba á Inglaterra; era tan gran cazador como empedernido acuarelista, y sucedíanse las fiestas en su honor, tanto en Bois Boudrán como en el Marais y hasta en los Vaux-de-Cernay... Hablábase de empréstitos, pero luego, como las cosas de la política cambian entre nosotros con tanta rapidez y los acontecimientos se suceden con tanta regularidad, pronto nuestra atención se fijaba en otros asuntos. Decíase: «Las cosas de Portugal no van muy bien...» Pero como las cosas no van *muy bien* en ninguna parte, nadie pensaba que no hubiese razones para que también Portugal durase.

Una tarde recibióse en París la noticia de que el rey don Carlos y su hijo mayor habían sido asesinados, y á la mañana siguiente, 2 de febrero de 1908, los portmoues que llegaron explicaron en qué circunstancias singularmente atroces para la reina Amelia había desarrollado el drama.

Al atardecer de un hermoso día, ya primavera, unos hombres armados de revólveres habíanse precipitado sobre el coche en que la familia real regresaba de Cascaes y no habían vacilado en disparar á boca de jarro contra el rey, contra los príncipes y quién sabe si contra la misma reina, prefiriendo ver morir á ésta á que se les escapara uno de aquellos á quienes querían matar. La muerte fué instantánea para el rey y su primogénito: el menor de los dos príncipes no sufrió más que ligeros rasguños y la reina resultó indemne...

Los días que siguieron son de esos que hay que renunciar á describir; sobrepujan de tal modo á lo que estamos acostumbrados á imaginar, que vale más no intentar explicarlos. Sólo la tragedia griega puede ofrecer ejemplos análogos al de esa madre que veía al hijo que se había salvado de las balas de los asesinos subir al trono, tan amenazado, y encargarse de los asuntos de una monarquía tan poco segura, sin haber sido destinado á ello.

Sin embargo, con un valor y una energía admirables, la reina, que apenas había sido iniciada en las cosas del gobierno, se puso á la tarea y reinó al lado de su hijo, cuyo pensamiento ella dirigía y que no adoptaba ninguna resolución sin haberla antes consultado.

Una vez coronado el rey, fué indispensable que hiciera, como prescribe el uso, una visita de cortesía á los jefes de Es-

tado extranjeros. Fácil es imaginar con qué angustias la reina madre le vió partir para ir á afrontar, á los diez y nueve años, el recibimiento de las capitales en que rugen con más violencia el viento de la democracia.

En el entretanto aumentaba sin cesar el partido de los descontentos, que no bastaba á calmar ninguna de las concesiones hechas por el joven soberano, á quien la reina Amelia inclinaba á hacer más sacrificios á los liberales, sin por esto renunciar á los consejeros reaccionarios odiados por el pueblo ni lograr apaciguar á los partidos existentes dentro del mismo palacio y que, lejos de consolidar y sostener á la monarquía, la debilitaron con sus disensiones...

En la noche del 4 al 5 de octubre, los republicanos, apoyados por la marina y por el ejército, dieron, por decirlo así, el asalto á Lisboa, apuntaron sus cañones al palacio real y después de haber izado en éste la bandera de una nueva república declararon abolida la antigua monarquía.

Como su antepasada María Amelia, reina de los franceses, cuyo nombre lleva, la reina Amelia de Portugal hubo de huir. Su hijo, después de haber podido abandonar sano y salvo el palacio de las *Necessidades*, fué á reunirse con ella en la playa de Cintra, desde donde se trasladaron en barcas, acaso en una perteneciente al pescador en otro tiempo por ella salvado, al yate *Amelia* que cruzaba en alta mar... A la noche siguiente, la familia real llegó al peñón de Gibraltar, en donde fué recibida por el gobernador y los funcionarios de S. M. británica.

La historia no es sino una perpetua repetición; un interrogante le sirve de diadema... La reina Amelia, á quien la aristocracia francesa había festejado tan brillantemente cuando su matrimonio con el heredero de Portugal, va á residir en Wood-Norton, en el castillo de monseñor el duque de Orleans. ¿Qué porvenir está reservado á esa reina destronada; de luto vestida y que acompaña á un joven rey derribado del trono?... Nadie lo sabe.

Pero es indudable que ni una sola mujer francesa verá pasar sin emoción y sin un profundo respeto á esa dama á quien ninguna de ellas se atreverá ya á envidiar y que ofrece á la vez la imagen de los más altos destinos humanos y de los más hondos dolores que una criatura pueda soportar.

ALBERTO FLAMANT.

(Del periódico parisiense *Femina*)

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES DE VENECIA. 1910

A la IX Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia de este año han acudido, además de los principales artistas italianos, muchas eminencias artísticas extranjeras.

En el presente número reproducimos varias de las obras más notables que en dicha exposición han figurado y vamos a publicar algo de lo que acerca de los autores de algunas de ellas ha escrito un distinguido crítico italiano.

«Fuerte, confiado y fecundo, un tanto vulgar y superficial, sin intimidad y sin misterio, preocupado más del público que de sí mismo, hábil hasta la facilidad y satisfechísimo de la propia destreza, «democrático» porque no podía llegar a ser aristocrático, retórico hasta trocar la elocuencia con la lírica, Emilio Zola de la pintura, como le han llamado algunos, especialmente los que no son muy partidarios de Zola, tal es Alfredo Felipe Roll.

»Roll tiene el mérito de ser lo que parece; nacido en París en 1847 y aparecido en el arte en 1875, precisamente en el año en que murió Millet y cuando Bastien Lepage había inaugurado entre conservadores y rebeldes la tregua llamada del *plein air*, el Roll de entonces no ha variado. Sangraban todavía esas heridas de la guerra alemana, y Roll expuso la lucha entre un jinete prusiano y otro francés, cuyos caballos pisoteaban el cuerpo de un soldado muerto. Más tarde, una gran inundación devastó el Mediodía de Francia y Roll exponía en 1877 el gran lienzo, realmente trágico, de la *Inundación en los alrededores de Tolosa*. Zola publicó *Germinal* y Roll pintó aquella colosal *Huelga de mineros* y luego *La Cantera...*

»Aquella facilidad de mano, aquella incansable maestría en mover las multitudes, en componer cuadros grandes, más que grandiosos, había de llevarle pronto a los grandes encargos oficiales. Y así, en 1880, Julio Ferry le encarga que pinte la *Fiesta del 14 de julio*, hoy en el Museo de Bellas Artes de París; en 1889, el *Centenario de 1789*, delante de los juegos de agua de los estanques de Versalles, con los retratos de Carnot, Faure, Perier, Clemenceau, Fallieres, Millerand, Zola, Massenet, Bonnat, Cleretie y otras personas ilustres entre menestrales, obreros, soldados, niños y damas elegantes; y en 1899, la *Primera piedra del puente Alejandro*, que es la mejor de esas telas colosales y oficiales, con los retratos de Faure, Deschanel, Meline, Brissón, Lepine, el czar, la zarina, etc. Si todas las personas retratadas por Roll en estos cuadros lo admiran por gratitud, tiene ya una muchedumbre de admiradores envidiable. En cuanto a nosotros, extranjeros y anónimos, preferimos a sus grandes composiciones aquellas de pura invención y de mayor espontaneidad.»

«José Israels tiene ochenta y seis años; es un pintor del 1860 que ha realizado el milagro de imitar a Rembrandt. Sus temas, de medio siglo a esta parte, son todos francamente patéticos, cuadros de género que han llegado a ser más sencillos y más intensos porque ya en 1860 ha surgido en el horizonte Millet y también porque Israels, judío, tiene una poesía propia instintiva, resignada, melancólica, que se expresa al través de aquellos asuntos gastados. Basta para convencerse de ello mirar en las paredes de esta sala esa treintena de cuadros suyos: *Dos viejas*

que duermen, esto es, una anciana y su gata; *Jugadores*, con la acostumbrada mujer que de pie contempla al marido vicioso y oprime en su pecho al pe-

Holanda para pintar cuadros aparatosos y alegorías morales; poco después enfermó y hubo de abandonar las academias para refugiarse en una aldea de pescadores, en Zandwoort, cerca de Harlem, para restablecerse. Sin modelos, débil, solo en aquella pobre casa, hubo de pintar lo que veía, ennobleciéndolo, como se decía entonces, con el sentimiento: un *Primer amor*, con el novio que, en la calle, pone la sortija en el dedo de la novia, apoyada en el alféizar de una ventana; *La cuna*, *El naufragio* a quien sus compañeros recogen en la playa, entre una multitud de niños y mujeres, mientras el cielo se serena y sonríe. De regreso en Amsterdam, siempre en su barrio judío, se enamoró del más glorioso ilustrador de su raza, de Rembrandt, y en pocos años su figura fué completa.»

«A. Francisco P. Michetti, que desde 1900 no nos había mostrado obras suyas, ha traído quince *Paisajes de los Abruzzos*, hechos al temple. Ha pintado prestamente, con su asombrosa destreza, evidente y siempre igual al través de los años, sobre todo para demostrar la fluidez y la transparencia de los colores al temple desleídos en glicerina después de largos estudios y ensayos. Algunos de estos paisajes parecen duros, oprimidos con negros de carbón y sin reflejos; otros, en cambio, como una vista de la Majella envuelta en nubes, tienen una atmósfera y una perspectiva extraordinarias, conseguidas con ejemplar simplicidad de medios, constituyendo obras de un gran maestro que no envejece.»

«Itálico Brass, que antes de establecerse en Venecia estudió en Mónaco y sobre todo en París, de donde trajo aquel brío de pincel, aquella segura maestría y aquella esbelta elegancia que caracterizan sus cuadros, ha expuesto cincuenta obras, al lado de una gran figura de mujer del pueblo veneciana, en las que se reproducen escenas callejeras de Venecia... Contemplando estos cuadros, se piensa en Francisco Guardi y el propio autor pide que se piense en éste imitándolo en *La regata*, por ejemplo; y es que Itálico Brass, que siente por su arte y por Venecia una religión y una pasión ha escogido a Guardi como santo patrono. Esta humildad de buen gusto, del mismo modo que hace perdonarle ciertas insistencias de color, negro, blanco, rojo y verde que parecen reducir sus escenas más variadas

a un mínimo común denominador, le ayuda, después de muchos años de prueba, a conocer sus límites y a sacar con desenvuelta virtuosidad de sus medios todo lo que pueden dar de sí. En este sentido, esa salita que para el público es una delicia, puede ser para muchos pintores una enseñanza.»

«Alejandro Milesi, con su *Solicitud maternal*, vuelve afectuosamente al cuadro anecdótico, sentimental, a la agradable serie de su *Vorla montar*, de hace veinte años, de su *Esponsalicio*, de su *Merienda*.»

«De los pintores moravos que por vez primera se reunieron en 1908 en una exposición en Kromeriz y que están a punto de conseguir para Brunn una Academia de Bellas Artes propia, independiente de la de Praga, habló por vez primera en Italia Guillermo Ritter en su *Emporium*. Joza Uprka, el brillante y alegre ilustrador de costumbres rústicas eslovacas, se presenta, en su *Canto a la Virgen*, original más por lo que pinta que por el modo como lo pinta.» — O.



Después del baile, cuadro de Alfredo F. Roll, perteneciente al Museo de Nantes (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1910)

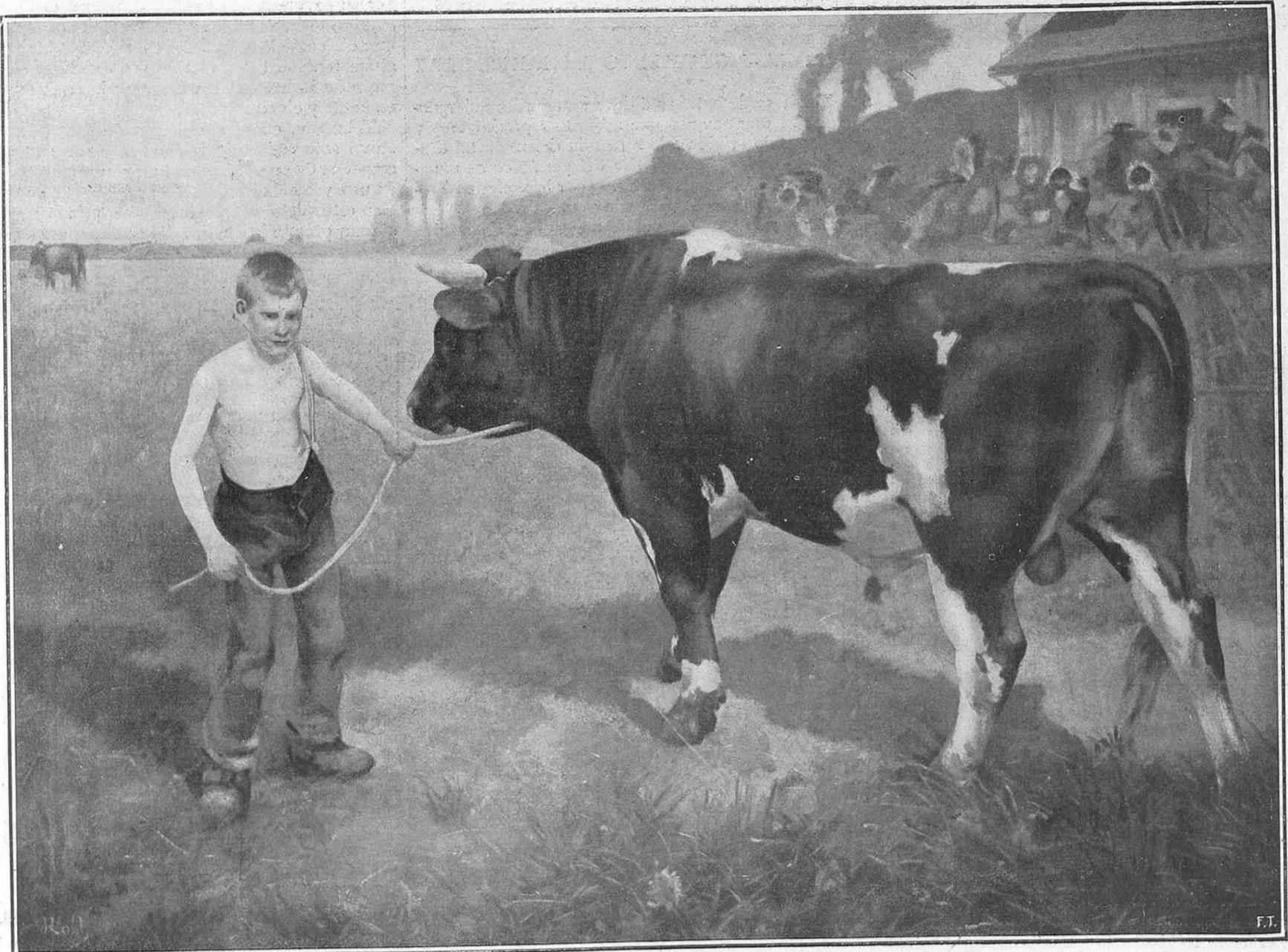
queñuelo abandonado; *La familia del labrador en la mesa*, con los varios gestos de los voraces niños y el gato que los mira; el *Músico ambulante* en la buhardilla, junto al hijo enfermo...

»Pero Israels ha adorado a Rembrandt y lo ha estudiado y sentido como ningún otro de los pintores que tuvieron la desgracia ó la suerte de pintar aquellos asuntos, y por esto ha hecho a menudo obras maestras. Los temas patéticos han conmovido al gran público; los buenos artistas han adorado la pintura de los mismos.

»Y para poder comprender y amar a Rembrandt, José Israels, holandés, ha tenido mucha suerte. Nacido en Groninga en 1824, hijo de un modesto banquero, a los veinte años, mientras estudiaba en Amsterdam bajo la dirección de un pintor de moda, vivía con una familia de obreros, en pleno barrio de los judíos. Estuvo en 1845 en París, en el taller de Vernet y Delaroche, y tres años después volvió a



En la columna de Todaro, cuadro de Itálico Brass



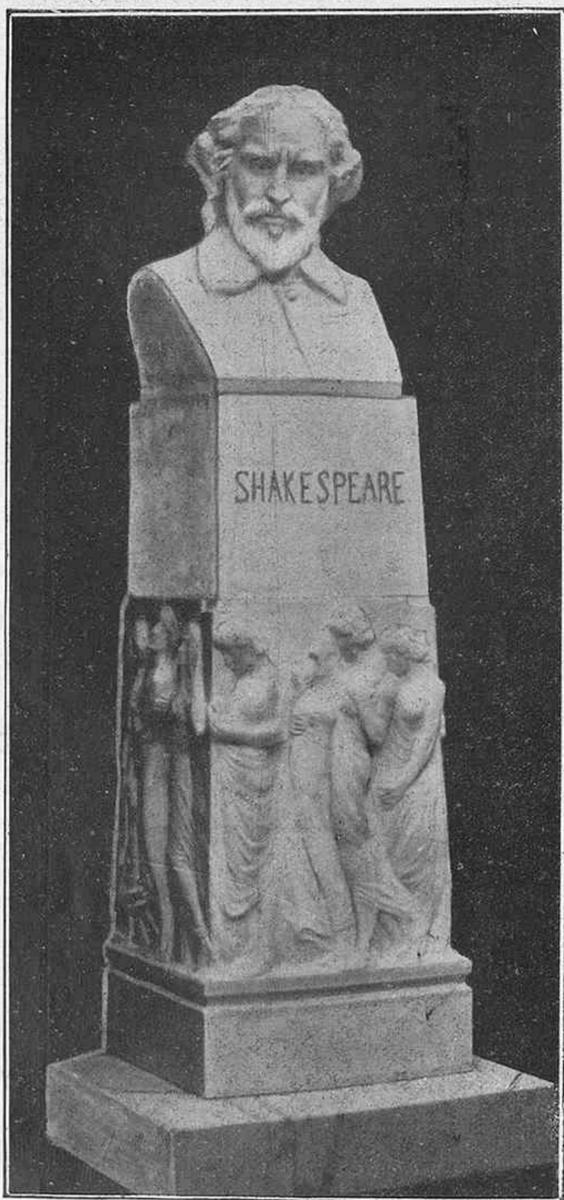
El niño y el toro, cuadro de Alfredo F. Roll



Madrid.—Misa de campaña en sufragio de las almas de los héroes muertos en la última guerra de Melilla.—El altar

MADRID.—MISA DE CAMPAÑA

El domingo, día 30 de octubre último, celebróse en el Paseo de la Castellana una solemne misa de campaña en sufragio de los héroes muertos en la última guerra de Melilla.



Monumento á Shakespeare, recientemente erigido en Verona sobre la tumba de Julieta y Romeo, obra de Renato Cattani. (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

Ocupadas por las tropas las posiciones que les habían sido señaladas, llegó á la tribuna regia la familia real, que fué recibida por el gobierno, el alcalde de Madrid y el obispo de Sión; y poco antes de las once las bandas batieron marcha anunciando la presencia de S. M. el rey, á quien acompañaba un brillante estado mayor.

D. Alfonso XIII revistó todos los cuerpos situándose luego frente al altar. En seguida comenzó la misa, que dijo el teniente vicario de la primera región, D. Francisco Figueras Fernández, y terminada la cual, el obispo de Sión entonó un solemne responso.

para presenciar el desfile, que, á pesar de la lluvia, resultó lucidísimo.

Las fuerzas que asistieron al piadoso acto formaban un total de 20.000 hombres, que desfilaron con orden y marcialidad irreprochables, mereciendo los mayores elogios de cuantos asistieron á la ceremonia.

El público inmenso que llenaba el sitio en donde se celebró la misa y las calles por donde pasaron las tropas al efectuarse el desfile, aplaudió calurosamente al ejército y vitoreó con entusiasmo al monarca y á su augusta familia.

VERONA.—MONUMENTO A SHAKESPEARE

El día 30 de octubre último inauguróse solemnemente el monumento que adjunto reproducimos y que ha sido erigido á la memoria del inmortal dramaturgo inglés por iniciativa del periódico de aquella ciudad *L'Arena*, secundada por la sociedad Pro-Verona, por el municipio y la provincia.

El monumento, todo él de mármol de Carrara, es

Después de la ceremonia religiosa, las personas de la real familia y el gobierno se trasladaron á otra tribuna

un pedestal que rodean varias figuras en alto relieve y en cuyo centro se lee únicamente el nombre del gran poeta. Ha sido levantado sobre la tumba de Julieta y Romeo, los célebres amantes cuyos infortunados amores ha inmortalizado Shakespeare en su admirable tragedia.



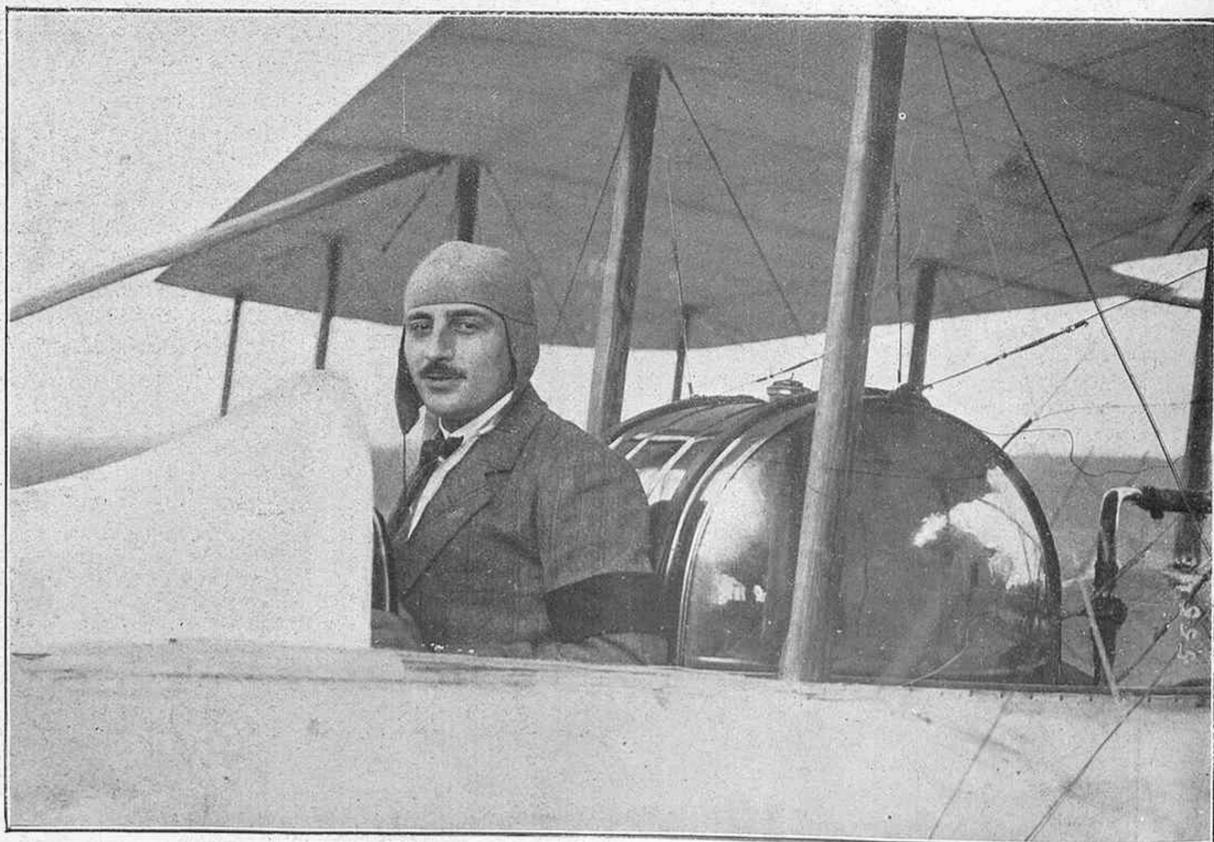
S. M. el rey D. Alfonso XIII y su estado mayor oyendo la misa de campaña (De fotografías de Asenjo.)

DE AVIACION

MAGNÍFICO VUELO DE TABUTEAU

El aviador Tabuteau, que figura entre los pilotos más notables por su intrepidez y sangre fría, así como por su experiencia y habilidad, realizó el día 28 de octubre último una gran proeza, batiendo los records mundiales de la distancia y de la duración que hasta ahora tenía el belga Olieslagers, quien en el último mitin de Reims había volado 392 kilómetros en cinco horas y cinco minutos.

Tabuteau, en el aeródromo de Etampes, cubrió en un solo vuelo 463 kilómetros y 100 metros, permaneciendo en el aire seis horas y un minuto, lo que da una velocidad media de 77 kilómetros por hora. Con este vuelo se ha colocado en primer lugar para el gran premio Michelin, de 20.000 francos, que se



El aviador Tabuteau, que en el aeródromo de Etampes efectuó el día 28 de octubre último un vuelo de 463 kilómetros en seis horas y un minuto, batiendo los records mundiales de la distancia y de la duración y colocándose en primer lugar para el gran premio Michelin de 20.000 francos. (De fotografía de M. Rol.)

obra de Renato Cattani y consiste en el busto de Shakespeare, hermosamente modelado, puesto sobre | concederá al aviador que en 31 de diciembre próximo haya efectuado el vuelo sin escala, más largo.-R.



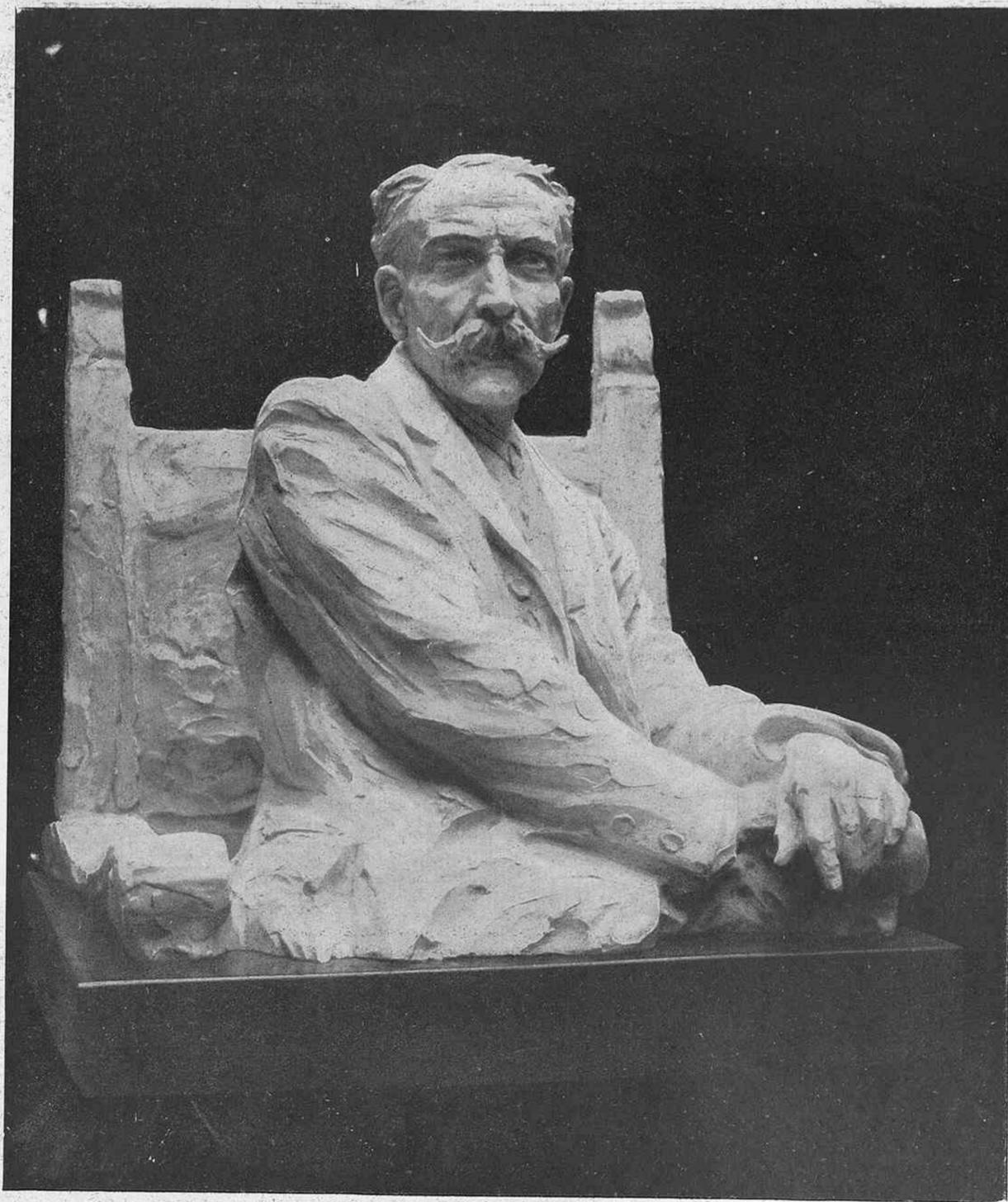
LANCELOTE Y GINEBRA CAMINANDO CIEGAMENTE HACIA LO DESCONOCIDO, dibujo de G. C. Wilmhurst

Entre los poemas y libros de caballerías que se escribieron durante la Edad media para celebrar las hazañas de los caballeros de la Tabla redonda, uno de los más interesantes sin duda es *Lancelote del Lago*, compuesto por Mapp, por orden de Enrique II de Inglaterra.

Lancelote, niño de pecho todavía, es arrebatado por un hada, que se precipita con él en un lago. En un magnífico palacio que hay en el fondo de las aguas es educado el mancebo,

de quien el hada hace un caballero cumplido y que, vuelto al mundo, realiza una serie de aventuras extraordinarias.

Enamorado de Ginebra, la esposa del rey Artús, y por ella correspondido, los dos amantes sufren la persecución del esposo ultrajado, que los sitia en un castillo, acabando desgraciadamente aquellos amores que dieron lugar á uno de los libros más amenos del siglo XII.



Retrato del poeta italiano Juan Marradi, busto en yeso de Humberto Fioravanti



Paisaje de los Abruzzos, cuadro al temple de Francisco P. Michetti



El canto á la Virgen, tríptico de Joza Upka



El músico ambulante, cuadro de José Israels, perteneciente á A. Preyer

PLAFÓN DECORATIVO

Hace pocos días, se inauguró en el Palacio de la Música Catalana el plafón decorativo que adjunto reproducimos. Es un lienzo de grandes dimensiones en el que el artista ha representado sobre un bellissimo fondo de árboles y de un hemiciclo á la Inspiración, hermosa figura de carácter hierático, y á las Ciencias Musicales que hacia ella se dirigen. Estas últimas ostentan riquísimos mantos que cubren en parte sus desnudos cuerpos y contribuyen notablemente á la belleza del color del conjunto. En los extremos laterales del lienzo, completan la composición dos graciosos grupos de niños con instrumentos y libros de música.

El plafón, que ha merecido unánimes elogios, es obra del joven artista señor Massot, discípulo que fué del eminente Pascó y que actualmente y desde hace bastantes años trabaja en París al lado del no menos eminente José M.^a Sert. El Sr. Massot, dando pruebas de gran desinterés y de su amor á la tierra en que ha nacido, ha regalado su notable obra al *Orfeo Catalá*.

EL DUQUE DE VERAGUA

El ilustre prócer fallecido recientemente en Madrid, había nacido en la corte en 9 de junio de 1837 y era el representante de la casa Colón de la Cerda, como descendiente del descubridor del Nuevo Mundo. Comenzó su carrera política como diputado en las Cortes de 1871, figurando en las



Excmo. Sr. D. Cristóbal Colón de la Cerda, duque de Veragua, fallecido en Madrid en 29 de octubre último. (De fotografía.)

de 1872, en las Constituyentes de 1873 y en las Cortes de 1876 á 1878, fecha en que pasó á la alta Cámara como sena-

dor por derecho propio. Fué vicepresidente del Congreso y del Senado, ministro de Fomento en 1890 y de Marina en 1902 y militó siempre en el partido liberal.

Era competentísimo en materias de ganadería y de agricultura, y había formado parte de casi todos los consejos y cor-

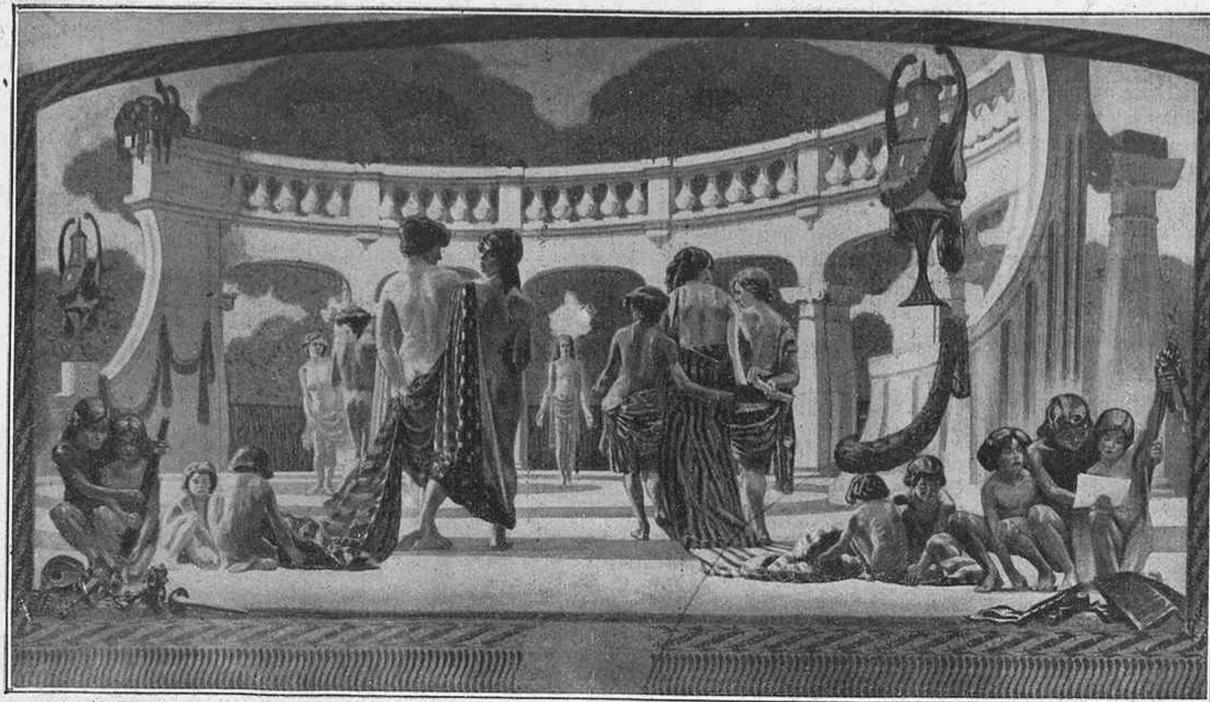
sido insuperables pero que él con su infatigable constancia y con su voluntad de hierro supo vencer.

D. Miguel Biada no pudo, sin embargo, presenciar su hermoso triunfo pues falleció pocos meses antes de la inauguración de la línea férrea, en 2 de abril de 1848.

Las fiestas del homenaje han durado tres días; la más solemne ha sido la que se celebró el día 30 del próximo pasado octubre y que consistió en el descubrimiento de dos lápidas conmemorativas, una en la casa de la calle de San Antonio en donde vivió y murió el Sr. Biada y otra en la estación del ferrocarril. Las dos son de mármol blanco y en ellas se leen las siguientes inscripciones en letras doradas: en la primera, «En esta casa vivió y murió don Miguel Biada, activo promotor del primer ferrocarril de España. — Mataró á su hijo. 1848-1910.» y en la segunda, «El A untamiento á 28 de octubre de 1910. — Para conmemorar la inauguración del primer ferrocarril de España, en 1848, y á la memoria de su iniciador el ilustre mataronés don Miguel Biada.»

A estos actos asistieron el Ayuntamiento, todas las autoridades de la ciudad, un numeroso público y varias sociedades corales que cantaron algunas composiciones, entre ellas un inspiradísimo «Himno al primer ferrocarril que cruzó

tierras hispánicas.» letra, en catalán, de D. Santiago Vilardell y Palau y música del maestro Cassadó.



Las Ciencias Musicales á la Inspiración, plafón decorativo recientemente colocado en el vestíbulo del Palacio de la Música Catalana de esta ciudad, obra de Miguel Massot. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

paraciones dedicados al estudio y al fomento de estas dos ramas de la producción.

Fuó eminentemente caritativo: tenía verdadero espíritu de filántropo y su nombre iba asociado á todas las empresas benéficas. Fundador, con el Sr. Vizcarrondo, de la Sociedad Protectora de los Niños, el duque, que casi nunca asistía á fiestas mundanas, jamás faltó á las reuniones de aquella institución, por cuyo sostenimiento y progreso ha trabajado hasta los últimos días de su vida.

Tenía los títulos de almirante de la Armada y de adelantado mayor de Indias, estaba en posesión del Toisón de Oro, de la gran cruz de Carlos III y de otras muchas condecoraciones y desde 1867 ostentaba el título de duque de Veragua, creado en 1537 y al cual va unida la grandeza de España. Era, además, marqués de Jamaica.

Bondadoso, sencillo, afable, de intachable caballerosidad, era de todos querido y respetado. Su muerte ha sido profundamente sentida por todas las clases sociales de Madrid.

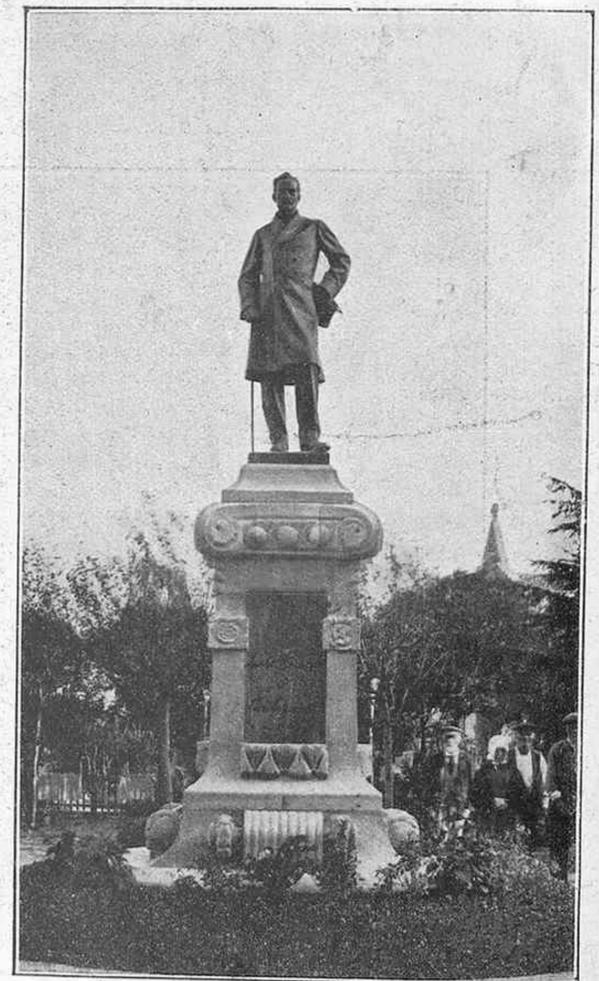
¡Descanse en paz!

MATARÓ. — HOMENAJE Á LA MEMORIA

DE DON MIGUEL BIADA

La ciudad de Mataró ha tributado solemne homenaje á la memoria de uno de sus hijos más ilustres, D. Miguel Biada, á quien se debe el primer ferrocarril que hubo en España, el de aquella población á Barcelona, inaugurado en 28 de octubre de 1848.

Hallándose en la Habana, el Sr. Biada, cuyo espíritu emprendedor y cuyas aptitudes mercantiles le habían impulsado á realizar desde muy joven largos viajes, concibió la idea de dotar á su patria de aquel gran invento y regresando á España dedicó todas sus energías á la ejecución de su proyecto, para lo cual hubo de luchar con dificultades que para otros habrían



Monumento dedicado á D. Antonio Torrent y Carbonell, recientemente inaugurado en Arenys de Mar, obra de José Montserrat.

MONUMENTO DEDICADO

Á DON ANTONIO TORRENT Y CARBONELL

Recientemente ha tenido lugar la solemne inauguración del monumento que el pueblo de Arenys de Mar ha dedicado á la memoria de uno de sus hijos beneméritos, D. Antonio Torrent y Carbonell, quien terminó su caritativa misión creando un Asilo de Ancianos, en el que hallan cuidados y albergue aquellos que en los últimos años de su vida carecen de recursos y de deudos que cuiden de su existencia. Bien merece el señor Torrent el testimonio de cariño y gratitud que le dedica el pueblo en que nació, puesto que bien merece el general reconocimiento quien prodigó el tesoro de su inagotable caridad aliviando sufrimientos, enjugando lágrimas y mitigando los rigores de la desgracia.

El monumento, compuesto de un hermoso pedestal que sustenta la bien modelada estatua del fundador del Asilo, es obra del laureado escultor José Montserrat, que ha dado una vez más testimonio de su maestría, habiéndose fundido cuidadosamente en bronce en los talleres que posee el Sr. Morales, de esta ciudad.



Mataró.—Colocación de una lápida en la casa en donde vivió y murió D. Miguel Biada, á cuyas iniciativas y á cuyos esfuerzos debióse la construcción del primer ferrocarril de España. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

LA MADRE PATRIA

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

Pero los demás no le escuchaban; los pedernales batidos por un pedazo de acero echaban sus chispas sobre las hojas y las brizas secas. Un pequeño resplandor azulado tembló bajo la fachada de la parte del mar; otro por el lado de las praderas y otro por el lado del bosque. Tres hilos de humo amarillento se elevaron para esparcirse en seguida al sople del viento.

—Otón, gritó Gottlob, enciende bajo el porche.

Entonces el hombre de la Biblia se decidió; imitó á sus hermanos, y Catz, su servidor, alimentó el incendio. Al principio, la llama vaciló, pero el viento la atacó por la derecha, y, después de haberla casi apagado, la atizó bruscamente.

Un ronquido siniestro corrió á lo largo de los muros de madera; las resinas se derritieron, los haces de leña ardiendo se deshacían en medio de un chisporrotear continuo; las primeras vigas se ennegrecieron, pero el porche de pino y el balcón con su ligera balaustrada, ardieron como virutas; la llama se hizo dueña de las ventanas cuyos cristales se hicieron añicos; y, como una inmensa hoguera, la casa sin recuerdos se tiñó de rojo.

—¡Retirada!, rugió Gottlob, corriendo á su caballo. Y, ya lo sabéis y que no se os olvide: ¡los autores del incendio son los franceses!.

Momentos después el claro estaba desierto; el incendio vencedor, en medio de una nube de humo negro, iluminaba la bahía, ensangrentando el mar, el cielo y el bosque; inquietaba en lontananza la marcha de los buques; asustaba á los buhos, y sacaba de sus madrigueras á los lobos espantados.

Este reflejo trágico era el que había notado Rolando desde la habitación francesa. É inmediatamente, con inmenso dolor que desgarró todo su ser, había comprendido lo que pasaba.

Se precipitó; sus hermanos le siguieron, con algunos trabajadores reunidos á toda prisa por Jerónimo alarmado.

—¡Acompañad á mis hijos..., no os separéis de ellos!

Todos estaban ya lejos, y, bajo las altas bóvedas de hayas y olmos, corrían jadeantes; Rolando á la cabeza, luego Reinaldo y después Rogerio, seguidos de los cuatro leñadores, fieles á sus amos: Cesáreo, Nicolás, Gervasio y Bartolomé, franceses, de los cuatro extremos de Francia.

Necesitaron media hora para llegar al sitio del desastre. El crimen era irreparable. La futura morada de los novios de la víspera se hundía bajo los estragos de las llamas, atizadas por el viento; toda esperanza de socorro era quimérica.

Anteaquella ruina humeante, Rolando se retorció las manos. Era el trabajo de seis meses, la obra de

los suyos, la dote ofrecida por su padre, que se venía á tierra; pero, ante todo y peor que todo, era la ruptura sin esperanza, el fin del amor, la destrucción del

—¡Señor Rolando!, decía Gervasio enternecido; el veros tan acongojado parte el corazón.

—¡Vamos!, gritó Bartolomé, los hombres no lloran, se vengán. ¡Los alemanes estarían demasiado contentos si os viesén!

Más perspicaz que los otros, Nicolás replicó:

—¡Señorito Rolando, no es seguro que vuestra Cristina apruebe eso! Es obra de herejes..., pero ¡bah!, una casa se reconstruye.

—Rolando, dijo Reinaldo, poniendo su manaza sobre el hombro de su hermano mayor; ¡basta de debilidad! Volvámolos. ¿Quién sabe si á estas horas no tenemos al enemigo en casa?

A esta insinuación, el desesperado levantó la cabeza y dijo:

—¡Sí, volvámolos, en seguida! A lo hecho, pecho. Dispensad mi flaqueza de un instante. El dolor puede á veces más que el ánimo. Pero ya pasó. ¡Vamos!

Y echaron á correr hacia la habitación.

En aquel momento, la casa nueva no era más que una hoguera; los techos se hundían; las dos banderas, alcanzadas de pronto por la misma llama, se consumieron en un instante y volaron á la vez en cenizas dispersadas.

III

En efecto, Hermann Griffeld estuvo largo tiempo convencido de que sólo los franceses habían podido destruir aquella dichosa casa construída para dos novios.

La noche del incendio, había expiado á sus hijos menores hasta el último momento. No se decidió á apagar la luz hasta que, desde su cuarto, hubo oído los pasos de los tres sobre su cabeza, en su dormitorio común.

Los otros esperaron que él durmiese para evadirse de la habitación, descalzos y con los zapatos en la mano. Así es que, á la mañana siguiente, pudieron alegar con descaro:

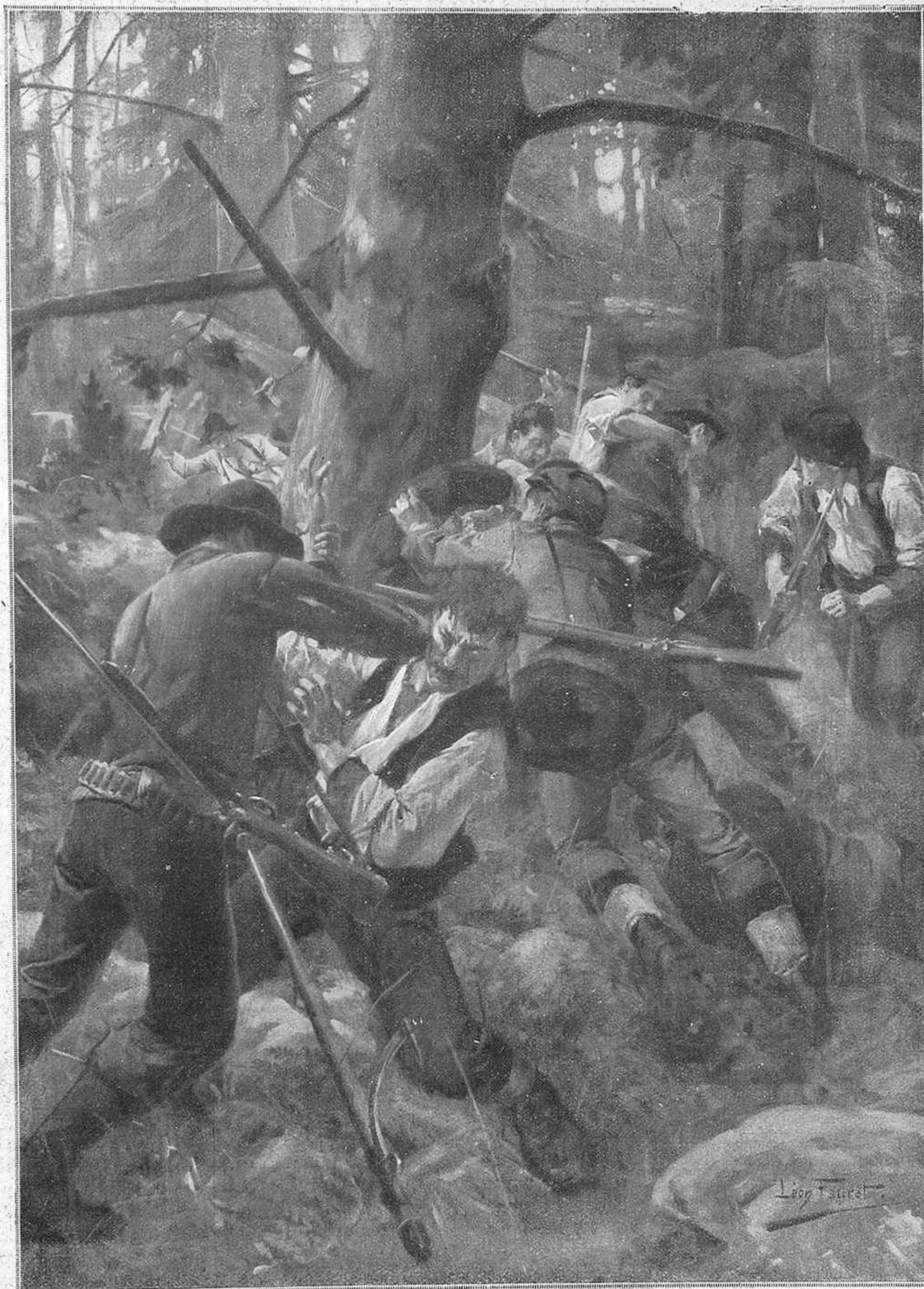
—Aquí todo el mundo estaba acostado; bien lo sabéis, padre; por consiguiente, los únicos culpables son ellos.

Entonces, Hermann, á su vez, consideró aquel atentado como una ruptura definitiva con los antiguos tiempos, como un principio de hostilidades. Y disminuyeron sus disposiciones á olvidar las injurias.

Prohibióse en seguida á las mujeres que se alejasen de los muros y salieran de los patios.

La habitación alemana no presentaba los mismos medios de resistencia que la habitación francesa; la plaza era menos fuerte y estaba menos bien situada. Se agrandaron los fosos y doblaron las barreras, y finalmente se interceptaron los caminos con alambradas y con barricadas de ramas y troncos de árboles enredados.

En el interior de los patios, sólo quedaba una salida, detrás de la casa de Herberto, pegada como un



Se arrojaron, hacha en mano, con las escopetas descargadas á la espalda

sueño dorado, la feroz declaración de una guerra inminente y sin cuartel.

Entonces, Rolando Bricogne, aquel gigante de corazón firme que llevaba altivamente un nombre de paladín, aquel nieto del soldado de Napoleón y de la gran Beltrana, sofocado por el horror, lloró como un niño.

—¡Hermano, hermano mío!, repetía Rogerio, no encontrando palabras de consuelo, ¡hermano mío, ánimo!.. ¡Sé fuerte!

Al contrario Reinaldo, entregado á su cólera, se deshacía en imprecaciones.

—¡Gracias á Dios! ¡Eso es hablar!.. ¡Ya sabemos ahora á qué aternos! ¡Ah!, ¡vosotros deseabais la paz..., ahí tenéis la respuesta!..

Rolando, sin escuchar, cubierto el rostro con las manos, ahogaba sus sollozos. En torno suyo, se alzaban ruidas voces, esforzándose en inflexiones de piedad.

—Mi amo, suplicaba Cesáreo, no os desoléis de ese modo. La familia necesita de vos.

ala á la derecha del cuerpo principal. Era una verdadera poterna, por la cual no se podía pasar más que de uno en uno.

Aquellos preparativos de guerra complicaban la vida; el trabajo en el exterior se hacía difícil. Pasada la fiebre, los alemanes se fastidiaron en una espera sombría.

Sin embargo, la monotonía del día siguiente fué distraída por escenas dramáticas. Clorinda se rebelaba, negándose con obstinada energía á obedecer á la prohibición de salir de casa y ver á su familia.

Esta vez sólo encontraba raras simpatías entre los Griffeld. Hermann, desviado de sus ideas de conciliación por la estratagema de sus hijos, se mostraba menos compasivo con ella.

Si Tecla y Carlota la protegían aún con su débil influencia, más pasivas que combativas, no se atrevían á hablar. Cristina, directamente ultrajada por la ruina de su casa futura, creyendo en el absoluto renunciamiento de su novio de la víspera, mostraba irritación y amargura.

Herberto excitado por sus hermanos menores, exigía una sumisión muda; y, poco seguro de su corazón, disimulaba sus veleidades de ternura con violencias feroces. Los otros tres predicaban sin cesar la guerra y la guerra á todo trance.

Sola, ó poco menos, en soportar la tormenta, la francesa no cedía. Altiava, con la mirada torva, recogida sobre sí misma, sirviéndose de su hijo como de su escudo, clamaba su cólera, su rebelión, su deseo de venganza. Con Eitel en brazos, desafiaba á sus cuñados enemigos, dando golpe por golpe.

—¡Podéis gritar todos á la vez, decía; no me haréis callar! Sois unos cobardes, una partida de cobardes coligados contra mí. ¡Es muy digno de vosotros! ¡Empezáis por hacer la guerra á las mujeres! ¡Qué vergüenza, gran Dios!, ser esposa y madre, tener el marido al lado y verle añadir su odio al odio de los demás. ¡Herberto! ¡Herberto! Sin embargo, éste era el nombre con que yo llamaba ayer á un hombre que amaba. ¡Qué mal te conocía! Si te hubiese creído tan falso, tan traidor á los juramentos pronunciados, á las ternuras, al amor, no me encontraría ahora aquí, loca de desesperación, luchando contra los malditos. ¡No!, ¡ya no soy de los vuestros, puesto que el único que me unía á vosotros se vuelve contra mí! Lo he dicho y lo repito, á pesar de vuestras puertas cerradas, de vuestras empalizadas y de vuestras barricadas, me iré de aquí, con mi hijo en brazos. Lo llevaré á su verdadera familia. Y, más tarde, me dará la razón. ¡Será francés, nada más que francés! Le he transmitido de mi alma lo suficiente para que así suceda.

Al principio, Herberto escuchó en silencio. No podía menos de admirar á aquella soberbia vociferadora en sus imprecaciones. Aún amaba, como siempre, á aquella mujer,alzada contra él, y la amaba con esa pasión natural con que aman los gigantes salvajes á quienes la soledad de los bosques acrece la fuerza de la pasión.

A la idea de que aquella esposa siempre codiciada, se le pudiese escapar, le daba el vértigo, se volvía loco de pena y de cólera, y no sabía si iba á arrojarse sobre ella para pegarle ó para taponarle la boca con un beso.

Vacilaba, arrastrado por dos corrientes contrarias, con los puños apretados, pero con el corazón vibrante de recuerdos; ya no sabía lo que quería verdaderamente. Pero, en torno de él, las voces coléricas de sus hermanos silbaban siniestros estímulos á los gestos irremediables.

—¿La oyes?, ¡te reta, se burla de ti, te desprecia!

—¡Si te hubiese conocido mejor, nunca te hubiera querido!

—Se casó contigo por favor; porque no eres más que un villano, una cosa vil que se aparta con el pie.

Entonces palidecía y se le encendía el rostro alternativamente, y como la pendiente humana es más resbaladiza por el lado del mal que por el lado del bien, se ponía frenético, perdía toda razón; y rompiendo las trabas de su antiguo amor, volvía á ser el bruto ciego que era en el fondo.

—¡Cállate! ¿Te callarás?... ¡Ah!, ¡cuidado!..

Cerca del mediodía, en un duelo semejante, levantó los puños sobre la cabeza de Clorinda. Ella vió venir el golpe, no bajó la frente, no dió un paso atrás. Entonces, atontado, con los brazos caídos á lo largo de su gran cuerpo tembloroso, fué él quien retrocedió, con los ojos inyectados de sangre, el rostro convulsivo, espantado de haber entrevisto el homicidio.

Y los demás, los buscadores de malas querellas, desde luego interesados, encantados del giro que la entrevista tomaba, se apartaban con risas maliciosas y se iban más lejos á murmurar en los rincones.

Mas, por la noche, se repitió la escena; de una y otra parte volaron otra vez las invectivas. Exasperada de oír á cada instante insultar á los suyos y á la Francia, Clorinda gritó furiosamente:

—¡Abajo la Alemania!, ¡abajo!..

Pero la manaza de Herberto le cortó el grito en la garganta, apretándose con sus cinco dedos de hierro. De pronto, Eitel, que ocultaba su cabecita rubia en la falda de su madre, como un perrito fiel defendió su amor, é hincó sus dientes puntiagudos en la otra mano de Herberto, que soltó la presa rugiendo:

—¡Raza de víboras!

Y sacudía en el aire su mano izquierda ensangrentada. Clorinda, recobrando el aliento, echóse á reír con una risa histérica que no acababa nunca.

Pero esta vez Tecla sacó valor de su indignación; precipitóse en medio de sus hijos, apartando á Herberto:

—¡Sois unos salvajes!, ¡unos indignos!; Hermann!, ¿consentirás por más tiempo?... ¡Clorinda, una mujer, tu esposa, Herberto!, ¡nuestra hija!, ¡vuestra hermana! ¿Y os atrevéis?... Tiene razón en maldeciros; bien merecido os lo tenéis.

Carlota y Cristina se llevaron á Eitel y á Clorinda, cuya risa siniestra rechinaba á lo largo de los corredores. Los hombres, cabizbajos, escucharon á Tecla. El horror trágico del drama llegaba al paroxismo, turbando al mismo Gottlob. Hermann, abatido, cayó en una silla y gimíó sordamente:

—¡Nos volvemos locos!.. La guerra no es esto, ya que necesitamos la guerra... La pobre Clorinda es lógica con su pasado; ella no tiene la culpa de todo eso... ¡Y todos la abrumáis! Herberto..., en mi vida levanté la mano sobre tu madre... Era sagrada...

—Sí, sí, balbuceó el gigante, lleno de remordimientos... Claro que sí... Sería preferible habérnoslas con hombres... Sí, sería preferible. ¡Me he quedado sin mujer y sin hijo!..

—¡Sí!, aprobó Gottlob, ¡hombres!, ¡hombres, para vengarnos!

Al día siguiente, tuvieron lo que deseaban. Pero mientras tanto, la noche fué larga y lúgubre para todos. Cristina y Carlota habían reaparecido, con el rostro sombrío, y la mayor decía:

—Clorinda está encerrada en su cuarto con Eitel que tiembla de espanto; harás bien, Herberto, en dejarlos en paz. Te arreglarán una cama en tu antiguo cuarto...

—No necesito nada, ni de nadie, interrumpió bruscamente el coloso azorado.

Y salió á su vez, sin saber adónde iba. Carlota se dirigió á sus demás hermanos, les miró bien de frente y les preguntó:

—¿Y bien! ¿Estáis contentos?

—No del todo, contestó Otón en tono equívoco; ¡pero en este mundo nada hay absoluto!

En las peores circunstancias, conservaba sus máximas dogmáticas.

En medio de los patios bañados por la luna, Herberto erró largo tiempo. Cuando su marcha sin objeto lo conducía delante de la casa, él levantaba los ojos y miraba á las ventanas de su cuarto; por las maderas cerradas se filtraba una luz temblorosa. Clorinda estaba allí con Eitel. Entonces, él pensaba:

«¿Es que aquellos dos seres no figuraban lo que más amaba en el mundo? Y, sin embargo, por lejanas discordias, por conflictos de pueblos y emperadores, aquellos seres le aborrecían. ¿Qué significaba todo aquello? ¡Dios de bondad! ¿No valdría más dejar que los prusianos y los franceses se arreglasen entre sí, allende los mares, y seguir siendo buenos esposos y buenos padres en el fondo de la Acadia? O bien, como al principio había propuesto Hermann, hubieran podido ir allá, á batirse á su gusto, sin transportar la guerra á su casa. Pero eso había sido idea de Bricogne. ¡Valiente idea! La cosa empezaba bien... Y, sucediera lo que sucediese más tarde, su vida resultaba quebrantada. Su tranquila felicidad había concluído. Sería viudo de una mujer vivá..., y ya nunca, jamás volvería Clorinda á abrirle los brazos.»

A esta idea, desfallecía; no podía acostumbrarse á semejante viudez... Se negaba á creer que esto fuera posible... ¡Y sin embargo!.. Volvía á ver en ensueños la dicha reciente. ¿Reciente? ¡De dos días antes y ya era tan lejana!.. Se veía á sí mismo, con ternura, sentado en su butaca, en el cuarto bien abrigado, desafiando los vientos glaciales; á sí mismo, con su gran pipa y su jarro de cerveza, junto al fuego, mientras su mujer iba y venía en torno de él, mirando con la misma sonrisa á su marido soñoliento y á su hijo dormido.

«¡Ah!, ¡era bueno sin embargo existir así! ¡Qué locura destruirlo todo á causa del rey de Prusia!»

Deteníase bruscamente en su carrera, sacudía la cabeza con rabia y amenazaba con el puño á algún enemigo invisible.

«Pero no, no era justo. De todo aquello tenían la culpa los franceses. ¡Éstos eran los que habían declarado la guerra, allá, en las márgenes del Rhin, como aquí en la selva!»

Entonces se prometía innumerables venganzas; calmaba sus tristezas íntimas con imágenes de sangre. «Olvidaría su mal en la batalla; mataría, se haría matar... ¿Qué valía ahora su pellejo? Menos que un clavo oxidado, menos que una cuerda podrida... ¡Ya estaba harto de aquella situación!»

En torno de él, detrás de las empalizadas y de las vallas de los prados, la selva obscura, húmeda, brumosa, alzaba, en un duelo enorme, sus altas copas. Por primera vez, ésta le pareció hostil, en su tranquilidad inmutable y en su majestad, y ladró contra ella:

—¡A ti, te despertaré mañana á tiros!

Hubiera amenazado al mundo entero en el delirio de su desolación. Porque le parecía que el mundo entero se cebaba en su pérdida y que el alma de los bosques se mostraba enfurecida. Ebrio de rabia y de fatiga, murmuró al fin:

—¡Sin embargo, no puedo pasearme toda la noche!..

Se acercó al edificio, abrió la puerta de una cuadra y se dejó caer en un compartimiento vacío, sobre la paja fresca.

Al día siguiente hubo el primer encuentro; y la provocación partió también de los Griffeld, ó al menos, como siempre, de algunos de ellos.

Empezó groseramente por una querrela de leñadores; querrela premeditada, cuyas consecuencias fueron sangrientas.

Aquella mañana, cuando los colonos salieron con las nuevas precauciones, Griffeld indicó á cada uno, en breves palabras, su puesto en el trabajo y su tarea.

Las brigadas se dispersaron; pero se había convenido que todas debían hallarse al alcance de la voz del grupo principal.

Una vez solo con sus hombres, Gottlob los reunió con un gesto en torno suyo, sin detenerse. Su brigada se componía de seis leñadores, alemanes de raza y de corazón.

En primera fila, Catz y Burgen, dos hombres resueltos; luego Miguel Fugger, con Worms, y por último Guebwiller y Sandric. Esta escuadra compartía los sentimientos de su jefe; y éste se felicitó de la casualidad que le proporcionaba tales compañeros. En voz baja les dijo:

—¿Queréis que vayamos á dar una vuelta por el lado de los franceses?

Todos aprobaron riendo; la proposición era tentadora; la cosa iba á ser divertida. Viéndose apoyado, Gottlob sintió aumentar todavía su agresiva audacia.

—¡Adelante!, gritó. ¿Lleváis las escopetas cargadas?

Cada cual movió la cabeza en señal de afirmación. Entonces por senderos de fieras, los siete aventureros se colaron en el bosque.

Hasta entonces, ni entre los Bricogne ni entre los Griffeld, á nadie se le había ocurrido limitar exactamente las líneas divisorias de cada propiedad. Sin embargo, siempre se había entendido que las dos fincas se hallaban separadas, al Oeste, por un torrente, seco en verano, caudaloso en invierno, que serpenteaba por entre los juncos.

Hacia este lado se dirigió Gottlob, seguido de sus hombres. Dos tablas paralelas echadas sobre el torrente formaban un puentecito.

—¡Esta es la frontera!, murmuró el muchacho... ¡Pues bien, camaradas, imitemos á nuestros hermanos de Europa, pasemos la frontera!

En tres zancadas saltaron á tierra francesa.

—¡Y ahora, continuó Gottlob, de pie en medio de un espeso bosque de hayas, á trabajar, amigos! Mucho me sorprendería que nuestros hachazos no atrajesen por aquí algunos curiosos. En ese caso, callarán los destrales para que hable la pólvora. A cada uno su turno.

La orden fué obedecida, pero en medio de un gran silencio; pues cada cual se daba cuenta de que, no por ser disimulada, la provocación era menos flagrante, y que, de un momento á otro, podían verse todos arrojados de nuevo á los límites por una descarga de plomo.

En efecto, según las predicciones de Gottlob, al primer árbol que cayó con gran estrépito sobre el humus secular de aquel suelo inviolado, una voz sarcástica salió de la espesura, á cien pasos detrás de los leñadores furtivos.

—¡Eh!, almas de cántaro, ¿qué libertades son ésas? ¿Queréis que se os presten carros?

Gottlob, soltando su destral, manifestó el mayor asombro.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? Nos tomaremos las libertades que se nos antoje. Aquí y en todas partes somos dueños de hacerlo.

—¡Error!, replicó la voz. ¿Lo que yo quiero? ¡Veros á todos en la sartén del diablo! ¿Quién soy? Planturon, hijo de Planturon, natural de Senlis.

Así hablando salió de la maleza y se adelantó con la escopeta debajo del brazo. A veinte metros, añadió cortesmente:

—Se me olvidaba deciros, por si lo habéis olvidado, que pertenezco actualmente á la casa Bricogne.

—Está solo, dijo Gottlob, después de una mirada circular... Peor para él... Siempre será uno menos.

Planturon prosiguió:

—Un consejo; volved á pasar en seguida el puente y no me obliguéis á daros la mano. Como contestación, se le apuntaron cinco escopetas; pero con una pirueta de mono, el francés se refugió detrás de una haya, y la metralla pasó sin causarle el menor daño.

—¡Brava gente!, ¡siete contra uno!, rugió otra voz, furiosa, en su ironía despreciativa; ¡fuego!, ¡muchachos!

Las balas salieron silbando de la espesura, y Reinaldo surgió de las hierbas altas, seguido de Nicolás de Nantes, Cesáreo de Narbona, Bartolomé de Liorina y Gervasio de Alenzón.

Se arrojaron, hacha en mano, con las escopetas descargadas á la espalda. En el bando alemán, Sandric gemía, derribado; Worms vacilaba, lívido, con un brazo inerte.

A la vista de Reinaldo, Gottlob, trastornado, perdió toda razón. Era su enemigo personal. Siendo niños se batían á puñetazos, á patadas, á mordiscos y á pedradas; ya mozos, luchaban, en igualdad de fuerzas, como osos encelados; y, cada vez, en aquellas justas, los asaltos, pacíficos al principio, acababan por agarradas furiosas, magulladuras y estrangulaciones. El instinto brutal de los primitivos se revelaba en ellos; el atavismo de las civilizaciones originarias desaparecía, ahogado por la barbarie eterna de aquella tierra violenta que producía búfalos, lobos é indios.

Se arrojaron el uno sobre el otro, resoplando, con tal furia, que al primer choque, ambos rodaron al suelo; pero se habían herido mutuamente con las hachas, y de sus heridas, más ó menos considerables, manaba sangre.

Catz se precipitó para rematar á Reinaldo; Planturon le paró en seco de un culetazo en la cara. Lentamente, sin resuello, los dos jefes se levantaron.

Pero, por el lado de la habitación francesa, una carrera ardiente, pasos numerosos, turbaron la maleza. Los alemanes habían perdido la partida. Gottlob, acopiando restos de vigor, volvió la espalda y pasó las tablas fronterizas gritando:

—¡Sálvese el que pueda!

Sus compañeros le imitaron, á excepción de Sandric que se moría. En un minuto, el claro se vió libre de sus invasores; y, cuando apareció Bricogne al frente de los suyos, no encontró más que á su hijo, muy pálido, sostenido por sus partidarios.

—Padre, dijo Reinaldo, no hemos hecho más que defender nuestros bosques. Como veis, esos bandidos estaban en terreno nuestro. Tranquilizaos; tengo el hombro mal parado, pero no será nada, puesto que aún puedo mover los dedos.

Rolando gritó:

—¿Qué esperamos? ¡Devolvámosles la visita!

—¡No, dijo Jerónimo abrumado de tristeza; basta de sangre por hoy!

Y añadió dirigiéndose á Reinaldo:

—¿Puedes andar, muchacho?

—Sí, papá, con el apoyo de un brazo. Dentro de ocho días tendré mi revancha... ¡Pero también lleva su parte, el cochino! Estaba escrito que al primer encuentro correría la primera sangre. ¡Al segundo, veremos!

—¿Y ése?, dijo Planturon empujando con el pie el cuerpo de Sandric... ¿Qué hacemos de él?

—Volvedlo á la tierra de sus amos; se encargarán de él, si quieren. Si no, vendrán los lobos por la noche, contestó Jerónimo Bricogne con voz sombría, exenta de piedad. ¡Vamos! ¿Está? ¡Pues en marcha!

En aquel momento, Gottlob y sus leñadores caían en medio de los Griffeld advertidos por el tiroteo. En presencia de su padre espantado, el joven vaciló de nuevo, é iba á caer cuando Herberto acudió y le recibió en sus brazos.

Se lo llevaron desvanecido y con el pecho ensangrentado. Otón y Guillermo, consternados, empezaban á comprender que la guerra es peligrosa. Lo que aquel día le había pasado á su hermano, podía muy bien sucederles á ellos el día siguiente. Un ligero estremecimiento les corrió por la espalda. Sandric se quedó detrás, olvidado.

En ambas casas, la acogida de los heridos fué trágica. Las madres y las hermanas gritaron confusamente levantando las manos: ¡Qué suerte tan horrible! ¡Dios piadoso! Además, todas ellas reconocían

con terror que desde aquel momento el abismo abierto entre las dos familias, las *dos naciones*, no se podía cerrar.

Beltrana y Virginia, sobre todo la primera, para quien los días estaban contados, dijeron adiós en su interior á Clorinda perdida y á Eitel segregado de su vida. Pero todos, hombres y mujeres, se estremecieron á la idea de las persecuciones que allí, detrás de los árboles, tan cerca y tan lejos, debía sufrir la hija mayor de la casa, extranjera en la de sus enemigos. Y nadie se engañaba en sus presentimientos.

Si en todo de Reinaldo, cuyo hombro descalabrado causó alguna inquietud, las mujeres francesas se apresuraban á prodigarle mil cuidados; por su parte, los alemanes se aplicaban con ahínco á tareas más complicadas. Además de Gottlob, cuyo estado era grave, pues tenía los labios y la barba abiertos, y el pecho desgarrado, Worms tenía un brazo roto y Catz la nariz aplastada. La espesa barba de este último parecía una esponja empapada en sangre.

Una sala del piso bajo fué convertida en ambulancia; preparáronse camas rápidamente, y después de las lamentaciones se produjo el silencio. No había un solo cirujano en todo aquel desierto. Pero los hombres de las selvas poseen, por atavismo, por costumbre y por necesidad, el conocimiento de las úlceras, y la ciencia de curar las heridas; después de una breve consulta entre Griffeld y sus tres hijos indemnes, se practicaron curas según los procedimientos indios.

Ante aquella exposición de cuerpos estropeados y de sangre derramada, Clorinda, que había salido de su cuarto para enterarse y sufrió un gran trastorno al saber que su hermano también estaba herido, no mostró la menor compasión; permaneció distanciada, impassible, indiferente al espectáculo que tenía á la vista.

Entonces Tecla y sus hijas, que lloraban delante de Gottlob caído en una debilidad próxima á la agonía, empezaron también á querer menos á la francesa. Era verdad que estaba demasiado distanciada de ellas.

En tanto que las mujeres velaban á los enfermos, los hombres, reunidos en el patio, conferenciaban sordamente.

—Ya veis, padre, pronunciaba Herberto, ya veis cómo empiezan nuestros adversarios. ¡Ah!, como golpe de ensayo, no es malo. Vos no creíais en la guerra; ¿qué decís ahora?

—Nada; es horrible; ¿pero qué ha pasado? ¿Cómo se han encontrado los nuestros en tierra francesa? Eso es lo que no comprendo.

Otón se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que no habrán pasado el puente; ¡postaría mi cabeza contra una calabaza que eso no es verdad! Se encontraban en los linderos sin duda; los otros les vieron y les tirotearon de improviso. Luego pasaron las tablas para terminar al arma blanca lo que las escopetas habían empezado. Eran veinte contra siete... ¡Si no!.. El caso es que nuestra guarnición queda diezmada.

—¡Bah!, ¿qué importa?, interrumpió Guillermo; no nos falta corazón. Ya todo va á ser lícito; basta de escrúpulos... ¡Vamos á batirnos al estilo de los pieles rojas, ojo por ojo, diente por diente! Si Gottlob falta, parece que Reinaldo ha caído también. Se salvó el honor; la pérdida es casi igual; porque Worms y Catz no tardarán quince días en restablecerse, y serán más riosos que nunca. En cuanto á Sandric, ¡Dios le haya perdonado! Dicen que está muerto y bien muerto.

Tal fué la última afirmación de Guillermo, pero nadie se atrevía á ir á comprobar su exactitud. El sitio era peligroso. Además, les faltó tiempo.

—Bien mirado, dijo en conclusión Hermann siempre justo, Gottlob ha hecho mal en conducir su brigada tan cerca de los límites de la hacienda. No era el sitio indicado. Cierto es que el muchacho paga cara su imprudencia y no es hora de echársela en cara. En lo sucesivo, no saldremos sino en masa y no volveremos á separarnos.

Otón repuso con su acostumbrada perfidia:

—¡No pierden el tiempo!, anteayer la casa incendiada, hoy la violación de nuestro territorio, y tres asesinatos... ¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Griffeld suspiró sin contestar de pronto. Luego, después de una larga pausa, añadió lentamente:

—Las pasiones cambian siniestramente á los hombres; ¡nunca hubiera creído á Jerónimo capaz de tales violencias; y, sin embargo, él manda en su casa! ¡Sí, él es el amo!

En este reconocimiento melancólico de la autoridad de Bricogne como jefe de familia se ocultaba sin duda una comparación desventajosa, una pesadumbre personal.

—Padre, dijo Guillermo con ironía, juzgáis á los demás por vos mismo. Tenéis un alma demasiado hermosa para que sea común; felicitaos de vuestros buenos sentimientos, pero no abuséis de ellos. Pasó el momento de las generosidades... ¿Diríase, á fe, que todavía queréis á Bricogne?

—¡Ay!, murmuró Griffeld; ¡nuestras amistades son carbones apagados!.. ¿Adónde iremos á parar? ¿Qué va á resultar de todo eso?

—El porvenir es de Dios, salmodió Otón, con una compunción burlona. Pero hemos de ayudarnos, si queremos que él nos ayude.

—¡Amén!, gritó Guillermo.

Se pasó el día de una manera lamentable, visitando á los heridos.

Al atardecer, intervino bruscamente otro cuidado. El cielo se oscureció poco á poco; la temperatura bajó seis grados en tres horas, llegando á cero. Soplaba del polo una corriente demasiado conocida de los colonos para que no la temieran.

Un tinte amarillento invadió el horizonte, limitándolo á los primeros árboles del bosque.

—¡La nieve!, dijo Herberto; ¡el invierno se anticipa, este año; para que nada falte!

Aquel invierno de 1870-1871, que fué mortífero en Europa, es aún legendario en el alto Canadá y en la Acadia. Excedió en rigor á todo lo que se recordaba.

En las habitaciones aisladas por la nieve, suspendióse todo trabajo; la gente se vió reducida á invernar como á bordo de un buque encallado bajo un *iceberg* y arrastrado en el hielo de las regiones árticas.

A últimos de septiembre, los lagos y los ríos se durmieron bajo un techo de cristal; el mar acarrió bloques de plata sacudidos por olas amarillas.

La selva, toda blanca, erizada de agudos sables, se hizo impracticable; los lobos, ahullando de hambre, rodeaban los cercados; pero había que temer sobre todo las tormentas, los torbellinos de nieve en que el mejor viandante se extravía y sucumbe; las terribles polvaredas que ponen en movimiento montañas de nieve, transportadas en remolinos.

Ante tales convulsiones, no hay resistencia ni esperanza; todo el mundo huye, hombres y animales; y llena los espacios un como ahullido de espanto.

Y era aquel el invierno que empezaba prematuramente, sin piedad, en la tarde de un día trágico.

Con la noche, empezaron á caer despacio los primeros copos; luego la nieve cayó en más abundancia, más espesa, rodeando de un velo impenetrable la morada de los colonos. Los caminos se borraron y la selva quedó sepultada bajo blancas espesuras.

En torno de las estufas cargadas y calentadas al rojo, tanto en casa de los Bricogne como en casa de los Griffeld, amos y servidores se reunieron apesadumbrados, sorprendidos por aquella llegada inoportuna de las heladas, pensando en las pérdidas materiales ocasionadas por semejante cataclismo, en los trabajos suspendidos, en la vida paralizada. Pero Beltrana pronunció de pronto en medio de la tristeza ambiente:

—Sí, los troncos cortados se pudrirán en el lodo; los buques se alejarán á la alta mar con los hielos; las reses descarriadas no volverán al corral. Pero los hombres, locos de odio, no tendrán más remedio que suspender sus querellas; tendrán tiempo para meditar, para concentrarse en sí mismos, para pesar sus acciones.

»La nieve separará las casas enemigas por medio de barreras infranqueables; la nieve cegará los ojos que miden la distancia; helará los dedos sobre el cañón de las escopetas; la nieve echará de la emboscada á los espías y á los asesinos; la nieve producirá su silencio de algodón en rama sobre los retos y las imprecaciones, sobre el tumulto de las batallas y los gritos de los moribundos. Esta nieve viene de arriba con la voluntad del que todo lo puede.

»¡Resignaos, vosotros, los hombres! Llegan horas de ocio; pero más vale perder el tiempo, brazos cruzados, delante de la chimenea, que ir por los bosques, afanosos de matar.

»Espero que con la primavera renacerán las ideas de armonía y de amor. En la estación de los nidos, Rolando, los pájaros no son los únicos en construirlos... Aceptad todos el entumecimiento del frío como un remedio saludable.

»¡Cuando podáis abrir otra vez vuestras ventanas á un nuevo sol, seguramente se habrá firmado la paz entre Alemania y Francia, la guerra monstruosa habrá terminado su tarea en nuestra vieja Europa; y sería muy demente entonces el que, sin embargo, quisiera continuarla aquí!»

Se había levantado, con su pálido rostro iluminado por un gran reflejo de fe. Todos la escuchaban, como siempre, con respeto, con veneración.

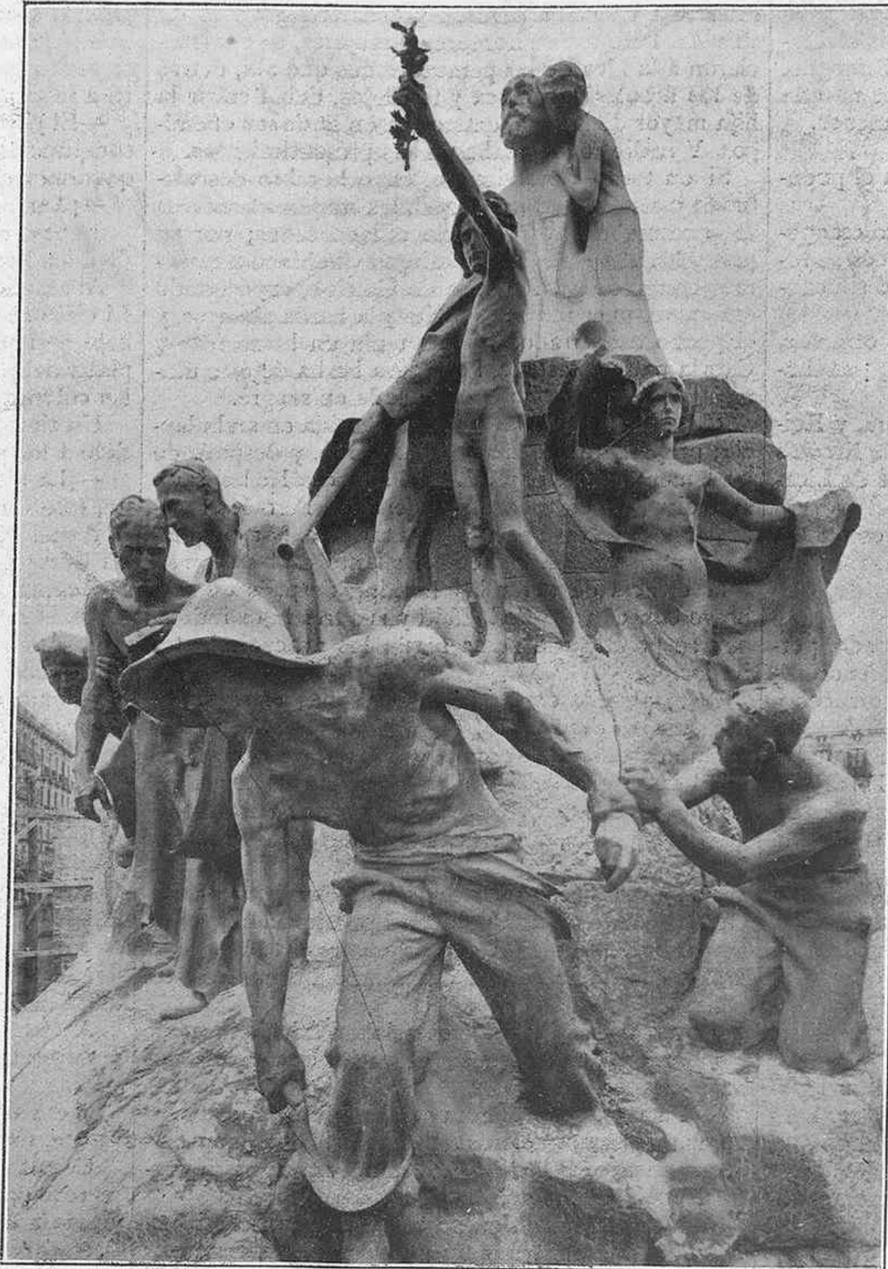
(Se continuará.)

BARCELONA.—MONUMENTO DEDICADO AL DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT

La personalidad del Dr. Robert, altamente simpática y respetada como doctísimo catedrático y experto médico, alcanzó extraordinario relieve al aportar el caudal de sus entusiasmos y las luces de su inteligencia en favor de una causa que suponía había de contribuir al renacimiento de su patria adoptiva.

De ahí la general consideración que mereciera, tanto de sus amigos como de sus contrarios, la figura del Dr. Robert, juzgándole como médico insigne y político convencido que noblemente batallaba en pro de sus ideales. Evidente muestra de esta consideración ha de estimarse el notable monumento que como resultado de pública subscripción se ha erigido en la anchurosa plaza de la Universidad y frente al primer centro docente de Cataluña y que es obra del laureado escultor D. José Llimona y del distinguido arquitecto D. Luis Doménech y Montaner.

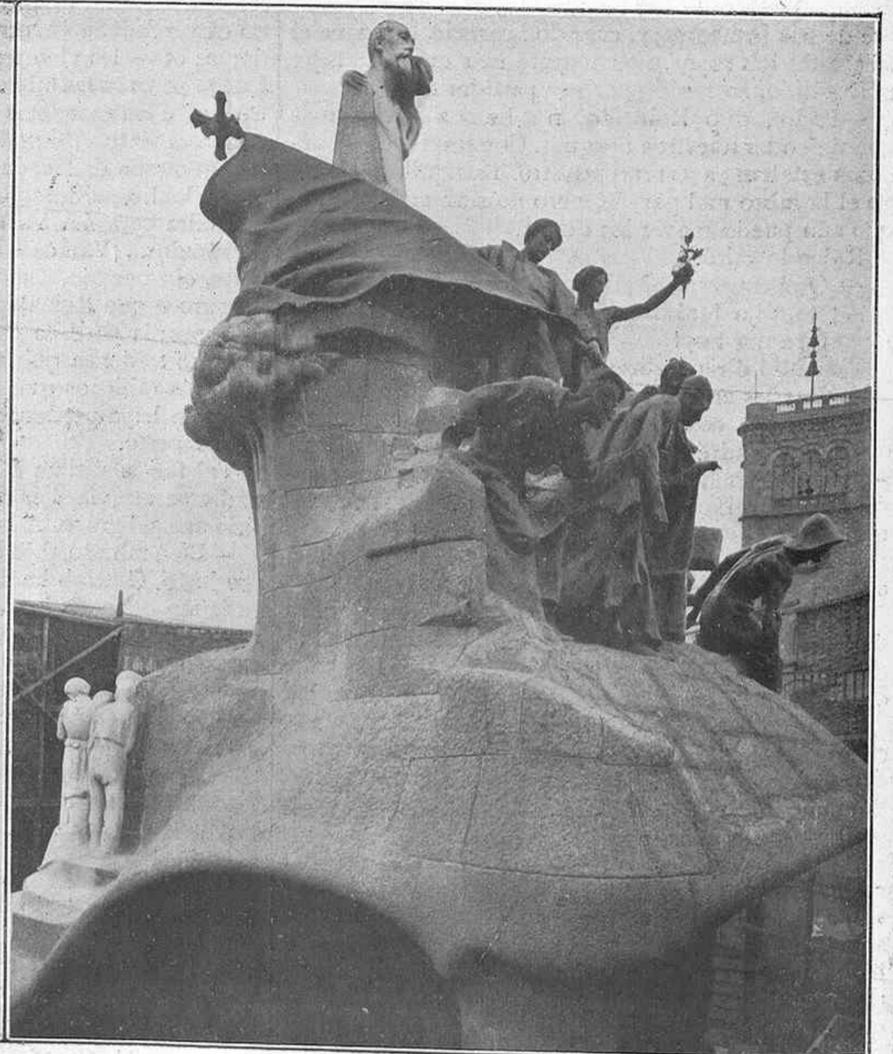
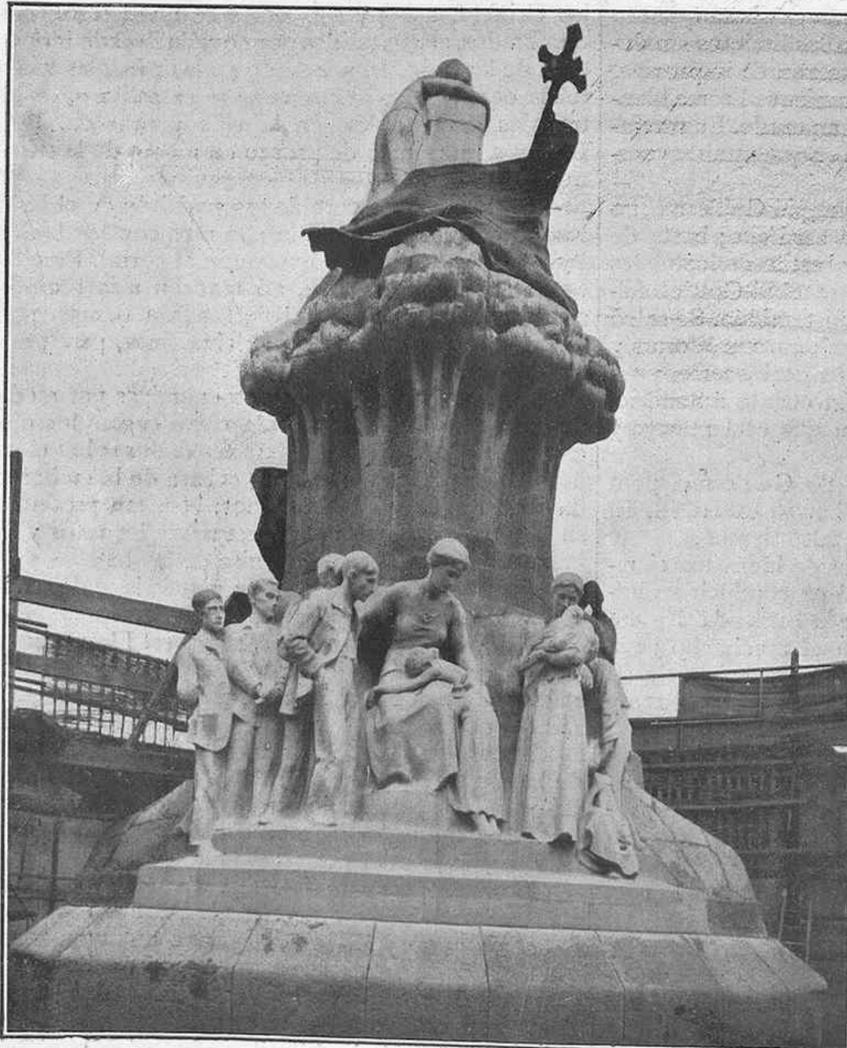
Desde la cima del monumento, que corona y sirve de remate el busto marmóreo del ilustre patricio, que alienta simbólica figura, desarróllase la composición que sintetiza el concepto en que se inspiró el artista y expresa la forma del homenaje tributado al ciudadano y al hombre de ciencia, dividiendo la construcción en dos zonas independientes, si bien, armónicamente enlazadas. En la parte que corresponde a la zona anterior, destácase inmediata al busto, la hermosa figura del ciudadano portador de la bandera, que simboliza la ilustración, el progreso, la intelectualidad del pueblo que aspira á engrandecerse. Próxima á esta simbólica representación, distínguese la interesante figura de Mosén Jacinto Verdaguer que da á conocer á un hombre del pueblo las tradiciones de nuestro



país, sus poéticos cantos patrióticos, sus místicas composiciones; en la misma línea vese la figura de una bella joven que se despoja de sus andrajos, en los que el artista quiso simbolizar á la patria que arroja lejos de sí, la vestidura de la ignorancia, del atraso, del despotismo y de la violencia, origen de la desgracia y del empobrecimiento de los pueblos, destacándose en el centro de este plano la hermosa estatua de un adolescente que en una de sus manos levanta el ramo de olivo, cual si con esta representación, una de las más bellas y sólidas obras que integran el monumento, tratara de expresar el escultor que la victoria coronaba los esfuerzos de los que laboraban en favor de la mejora y engrandecimiento de la patria, simbolizando el trabajo y la producción, las estatuas de un campesino y de un obrero entregados á sus faenas agrícolas y á las no menos rudas del taller.

En la zona posterior del monumento se glorifica la memoria del médico eminente, del profesor insigne. Dos altorrelieves, ejecutados en mármol blanco, representan al doctor Robert en sus fases profesionales, aquéllas en que tan singulares méritos alcanzó, en que sólidamente se cimentó su reputación. La clínica y la cátedra, rodeado de sus enfermos y de sus discípulos, que atentos á sus indicaciones, á sus consejos y enseñanzas, recibieran de él alivio á sus dolencias y los conocimientos que habían de servirles para ser útiles á sus semejantes.

Aplauso merecen los autores del hermoso monumento, por la valía de la obra realizada, y plácemes sus iniciadores, puesto que al enaltecer y perpetuar el recuerdo de un ilustre hijo adoptivo de nuestro país, glorifican á la patria.



Monumento dedicado al Dr. D. Bartolomé Robert, obra del escultor D. José Llimona y del arquitecto D. Luis Doménech. — Vistas parciales (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

TERRIBLE CICLÓN EN LA BAHÍA DE NÁPOLES. (Fotografía de Carlos Abeniacar.)

Un terrible ciclón acompañado de un verdadero diluvio, asoló en la noche del 23 de octubre último la región napolitana y las islas del golfo de Nápoles.

Cetara, toda la parte alta de la ciudad quedó inundada por una lluvia torrencial de quince horas; y para colmo de desgracia, produjéronse luego grandes des-

sitaron en seguida los lugares damnificados y el rey Víctor Manuel, que se hallaba en Pisa, marchó inmediatamente á Nápoles, en donde se embarcó en el



Ruinas del barrio Turiello de la población de Cetara, una de las que más daños ha sufrido á consecuencia del ciclón

En esta última ciudad, los barrios bajos han quedado devastados; y torrentes de agua, de fango y de lava invadieron Resina y Torre del Greco, destruyendo varios edificios y causando gran número de víctimas.

En la isla de Ischia y especialmente en Casamicciola el desastre ha revestido proporciones espantosas. En Casamicciola han sido totalmente destruidas quince casas y un centenar han sufrido daños de importancia.

Pero en donde la catástrofe ha sido mayor, es en la costa amalfiana, en Cetara, Majori y Minori. En

prendimientos de las montañas vecinas, de donde se precipitaron inmensos bloques que, después de devastar cuanto encontraron á su paso, fueron á parar á la playa destruyendo un centenar de barcos de pescadores. El torrente había adquirido una fuerza tal, que arrastró enteramente dos sólidas casas de dos pisos, una de ellas de un rico comerciante de Salerno que pereció con su esposa y sus ocho hijos. Majori ha sufrido casi tanto como Cetara, y Minori poco menos. El número de muertos de estas tres poblaciones se calcula que es de 150 á 200.

Los ministros de Marina y de Obras Públicas vi-

Orfeo para dirigirse á Casamicciola, habiendo visitado en compañía del duque de Aosta, aquella población y las de Cetara, Majori, Amalfi y otras, siendo en todas partes aclamado.

El papa ha enviado 5.000 francos para los sinistrados al arzobispo de Amalfi, otra de las ciudades que han resultado gravemente damnificadas.

Desde los primeros momentos, los buques de guerra *Napoli*, *Coatit*, *Sardegna* y *San Giorgio* desembarcaron destacamentos de marinos que con los ingenieros militares cooperaron á los trabajos de salvamento.



EXIJANSE el sello de la Union des Fabricants y la firma DELABARRE

Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES

y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub⁹ Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.



Agua mineral natural **TONA ROQUETA**

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).



MUERTE DEL REY DE SIAM CHULALONGKORN I

PROCLAMACIÓN DE SU SUCESOR CHOOWFA MAHA VAJIRAVUDH

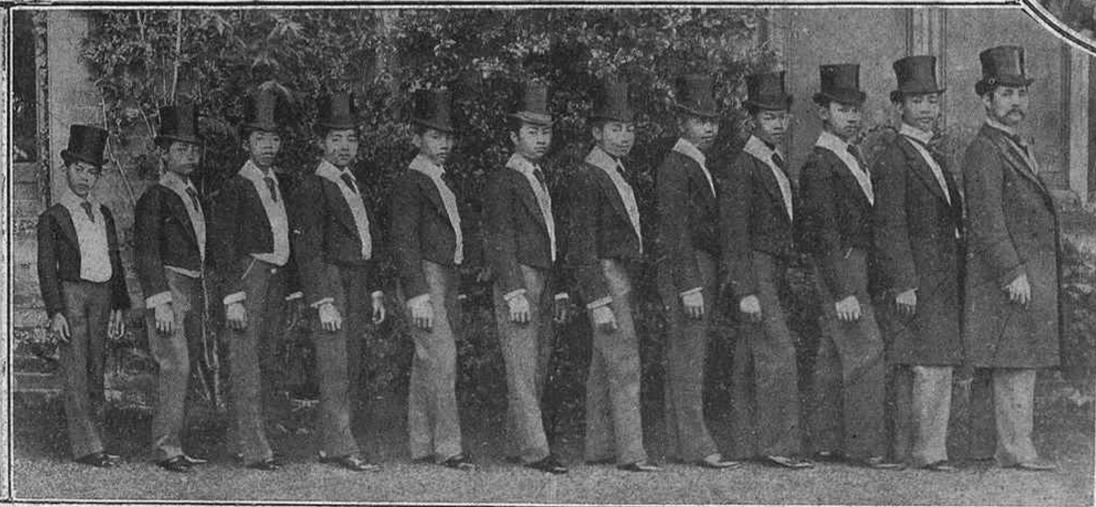
El rey de Siam Chulalongkorn I, fallecido en Bangkok el día 23 de octubre último, había nacido en aquella capital en 20 de septiembre de 1853 y sucedido á su padre en 1868. Educado por una inglesa, aquella primera educación dejó en él profundas huellas; así es que dejó que la influencia de Inglaterra en su país llegase á ser preponderante, á lo que contribuyó también el temor que le inspiraba la vecindad francesa, la situación de Francia en la Indo-China. Los siameses, que no cesaban de invadir el Canchoya y el Anam, hubieron de detenerse cuando estos Estados pasaron al protectorado de Fran-

consecuencia de su visita á las Indias y á Malasia, en 1874, dió á su pueblo una constitución y abolió la esclavitud.

En 1897 vino por vez primera á Europa, y por segunda vez en 1907, recorriendo las principales capitales. De regreso en su patria, rodeó de consejeros extranjeros, gracias á los cuales los grandes servicios del Estado fueron organizados según el modelo europeo, confiando principalmente á alemanes los ferrocarriles, correos y telégrafos, á dinamarqueses el ejército y la marina, á italianos las obras públicas, á belgas la administración de justicia, á ingleses las aduanas, la instruc-



El nuevo rey de Siam Maha Vajiravudh.



El rey de Siam Chulalongkorn I, fallecido en Bangkok en 23 de octubre último.—El difunto rey de Siam Chulalongkorn I y algunos de sus hijos educados en Inglaterra. (Fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

ción pública y las minas y á franceses todo lo referente á sanidad.

Tenía gran predilección por la educación inglesa y bien lo demuestra la fotografía que reproducimos adjunta y que le representa á él acompañado de once de sus hijos que se han educado ó se educan aún en Inglaterra.

Gracias á su inteligente impulso, Siam ha llegado á ser un país civilizado y moderno, cuyos progresos, ya considera-

bles, necesariamente han de aumentar todavía, porque, para evitar todo retroceso y hasta toda detención después de su muerte, hizo educar á la europea á su primogénito, el príncipe heredero.

Este, Choowfa Maha Vajiravudh, nació en 1.º de enero de 1881, estudió en las universidades inglesas de Eton y Oxford y en la escuela militar de Sandhurst, habla correctamente el inglés, el francés y el alemán y ha viajado mucho por Europa y China.

cia, naciendo de ello una serie de dificultades á las que se quiso poner término con el tratado de 3 de octubre de 1893. Más tarde firmóse, entre Siam y Francia, otro tratado, el de 13 de febrero de 1904, que se completó y mejoró con el acuerdo diplomático de 23 de marzo de 1907, que estableció definitivamente las buenas relaciones entre ambos países.

Chulalongkorn, gran amigo de Europa y deseoso de modernizar, de europeizar su nación, hizo largos viajes para estudiar los métodos gubernamentales de los Estados extranjeros, y á

Las casas extranjeras y españolas que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA diríjanse para informes á los editores Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núm. 255. — Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

data de 1849
Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA
de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas
PILDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
EXIÑANSE LA FIRMA Y EL
RÓTULO VERDE
JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
DESCONFIENSE
de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA
Dos tomos en folio, ricamente encuadrados,
100 pesetas

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN